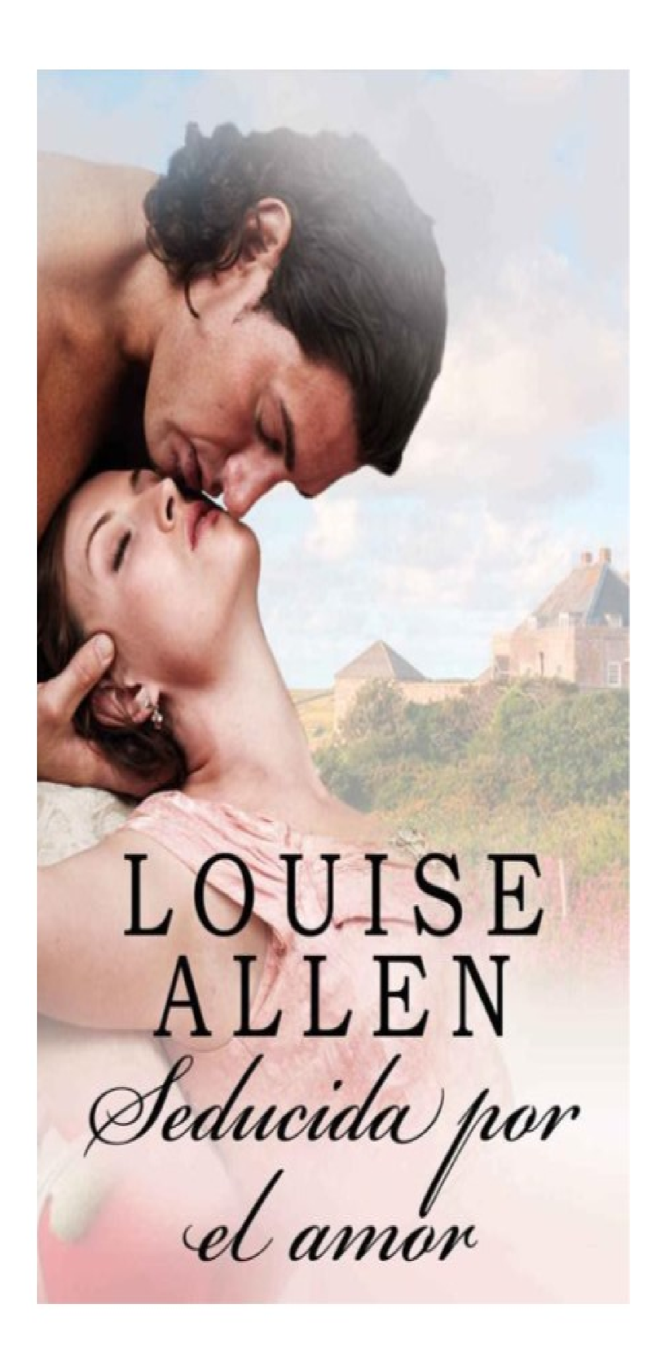
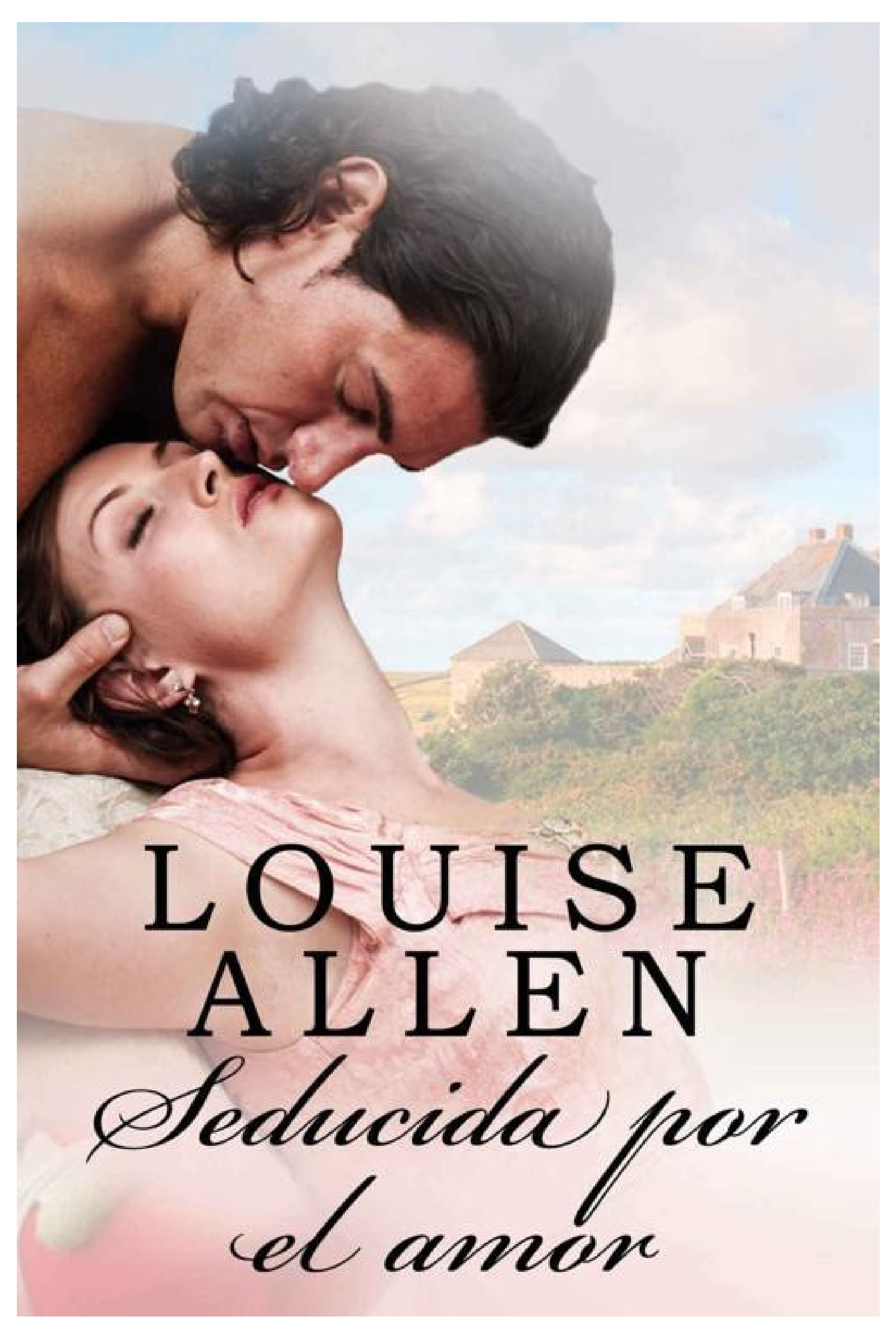

LOUISE ALLEN
Seducida por el amor



SEDUCIDA POR EL AMOR

Por Louise Allen

2ª Edición Revisada 2024

CAPÍTULO UNO

Castillo de la Estrella, St. Mary's, Islas Sorlingas, 16 de abril de 1809

…Cuenta la historia que en el año 1600 de nuestro Señor, un gallardo joven abandonó la isla de St. Mary's y embarcó hacia el continente, decidido a servir a su Reina y a su patria como soldado. Cuando su prometida se aferró a él, suplicándole que no se marchara, él juró que regresaría a su lado, aunque tuviera que atravesar las mismas llamas del infierno.

En medio de una gran tormenta, el navío en que viajaba se hundió, llevándose consigo a todos los que estaban a bordo. Su amada, hija del capitán de la guardia del castillo, quedó sumida en la tristeza, y se poco a poco se fue marchitando hasta que finalmente sucumbió a la muerte. Fue entonces que las mujeres que

habitaban el castillo comenzaron a murmurar sobre un hombre alto y apuesto que recorría las almenas en las noches iluminadas por la luna, con su capa ondeando en el viento.

Alguna fuerza sobrenatural las atraía hacia él, hacia su abrazo espectral, en el que experimentaban un éxtasis sensual más allá de todo lo que jamás hubieran imaginado, para luego despertar solas en el frío amanecer.

Todas confesaban que habrían creído que aquel soldado surgido del mar no era más que un sueño demoníaco, de no haber sido porque cuando abrían los ojos, descubrían que su ropa de noche estaba húmeda con agua de mar y veían unas huellas de botas que se iban secando lentamente en la luz del alba.

Dicen que el soldado busca a su amor perdido, mas ella yace en tierra consagrada, donde él, alma errante y sin absolución, no puede alcanzarla. Así que busca consuelo, si acaso lo hay, en los cuerpos de las que aún viven…

¡Qué disparate estar leyendo semejantes tonterías en el propio castillo, y más aún en plena medianoche, iluminada por la luna! Emily Heywood dejó caer el viejo libro sobre las sábanas, mientras lun leve escalofrío le recorría la espalda.

El silencio, que hasta entonces no le había preocupado, ahora le recordaba que se hallaba sola, durmiendo en el último piso de

aquella extraña fortaleza isabelina, acompañada únicamente por una anciana cocinera y el ayudante de cocina, que seguramente estaban roncando en el sótano.

—Son todas patrañas —dijo en voz alta para escuchar algún sonido familiar. Su propia voz retumbó débilmente en la estancia, cuyas paredes de piedra parecían devolverle un eco lejano.

Cuando llegó por la tarde, le pareció que la recámara era bastante acogedora; en la chimenea chisporroteaba un fuego, la cama con dosel tenía cortinas carmesí, en el suelo había una gruesa alfombra que cubría los anchos tablones y sobre la mesa, una jarra de agua caliente. Pero ahora, a la luz incierta de la luna, el dormitorio se convertía en el escenario perfecto para una historia gótica de terror.

La noche anterior había dormido cómodamente en una elegante estancia en la residencia del propio gobernador, resguardada en la falda de la colina donde estaba la Guardia. El libro que Janey, su anfitriona, la hermana del gobernador, le había entregado como entretenimiento, resultó ser una colección de cuentos de fantasmas de la isla.

Emily se había reído a carcajadas durante el desayuno.

—Esperabas asustarme para que tuviera pesadillas —acusó a su amiga—. No soy tan cobarde como para dejarme impresionar por esas tonterías.

—¿De veras? —la había desafiado Janey con una sonrisa traviesa—. Es fácil menospreciar relatos de fantasmas en una estancia moderna, bien iluminada y rodeada de gente. Pero apuesto mi chal nuevo de seda contra tu cuello de encaje de Bruselas a que no te atreverías a pasar una noche en el Castillo de la Estrella.

Y por supuesto, Emily no pudo resistirse a aceptar el desafío.

—¿De verdad no te asustan los fantasmas? —había preguntado Janey mientras empacaban la bolsa de Emily esa misma tarde.

—No me molestan en absoluto los fantasmas, siempre y cuando no interrumpan mi sueño con cadenas tintineantes o corrientes de aire frío —respondió Emily con una confianza que le estaba resultando difícil de sostener.

Janey había tenido razón. Ya no era tan fácil mostrar valor en la silenciosa claridad lunar, con solo una vela que lanzaba sombras extrañas en cada rincón.

Y por supuesto, la historia que estaba leyendo tenía que ser

sobre un soldado que abandonaba a su amada. No era que ella fuera la amada de Blake, precisamente, solo su esposa desde hacía ocho semanas.

O al menos eso creía. ¿Seguía siendo su esposa? Al fin y al cabo, tenía la impresión de que los matrimonios debían consumarse para ser legales. ¿O acaso era solo un cuento de viejas?

Emily dirigió su mente hacia pensamientos más positivos.

Hasta donde sabía, Blake estaba vivo, aun si desde el día de la boda no había recibido ninguna noticia de él. Desde donde fuera que estuviese, cosa que, por supuesto, no le había informado.

Tal vez no podía decírselo. Podía tratarse de un secreto, o tal vez no tuviera forma de comunicarse. El silencio no significaba que fuera viuda antes de siquiera haberse convertido en esposa, se dijo con firmeza.

Ahora era la esposa de un soldado, lo que implicaba que no debía ni siquiera reconocer el temor que le retorcía el estómago; debía ser tan valiente como su esposo.

Esperar que él renunciara a su grado de oficial y abandonara el ejército para estar con ella era una ilusión poco razonable. Por muy amable que Blake fuera con ella, no la amaba, así que ¿por qué

iba a cambiar su vida a causa de ella?

Aceptar la invitación de Janey, que con tanta insistencia le

había propuesto dejar la vetusta hacienda de Blake en Hampshire y

visitarla en las Islas Sorlingas, había sido un bálsamo para su ánimo;

incluso había podido dormir algo mejor.

Ahora sin embargo, algún maldito anticuario con afán de

cazador de fantasmas había conseguido colmar su mente con

pensamientos de gallardos soldados perdidos en camino hacia la

batalla.

La vela chisporroteó y se apagó. Las sombras se volvieron

más profundas, más densas. En la antigua casona se oían los

crujidos de las tablas.

Emily buscó algo con qué distraerse. Ese fantasma, al parecer,

traía consigo un éxtasis sensual. Se tumbó de nuevo, intentó buscar

una posición confortable y golpeó la almohada para acomodarse. El

placer sensual era algo que sin duda, podría apartarla de sus

nerviosas cavilaciones.

Durante los breves días de su cortejo, había experimentado

un atisbo de lo que podría ser ese placer. De hecho, a pesar de la

severa vigilancia de su tía y su propia timidez, había tenido algo más

que un atisbo. Los ojos de Blake le habían enviado mensajes que la habían dejado sin aliento y le habían acelerado el pulso; el contacto con él la había hecho sentir una corriente de calor en cada fibra nerviosa.

Cuando la había besado, el día en que le propuso matrimonio, ella se encontró enredada alrededor de su alto y atlético cuerpo como hiedra en torno a un árbol, aturdida, sin poder comprender cómo se había atrevido a ser tan audaz, salvo que la boca de él tuviese el poder de obrar algún hechizo.

Y luego había llegado aquel brusco viaje a Hampshire, cuando los intentos de él de abrazarla habían terminado con ambos caídos en el suelo del carruaje, inmovilizados por una mezcla de risa y deseo.

Al llegar, él la había levantado en brazos y había subido los escalones con paso decidido para atravesar luego la puerta principal.

Pero en cuanto cruzaron el umbral, los recibió el anciano mayordomo con un mensaje urgente de la Caballería Real: Blake debía partir de inmediato a Londres.

Tenía un deber que cumplir y ella lo sabía, aunque se aferró a él, cubriéndole la boca de besos y sintiendo el deseo que lo sacudía.

Emily ansiaba ser arrastrada, aunque solo fuera una vez, por una

ola

de pasión incontrolable, antes de que Blake se marchara. Pero no

debía distraerlo, se repitió, mientras se apartaba y lo saludaba con la

mano y la sonrisa más valiente que fue capaz de esbozar.

Lo había desposado con la esperanza –el sueño- de que la

amara, aunque él nunca había dicho esas palabras, a pesar de que

el matrimonio había sido un arreglo de conveniencia para ambas

partes. Pero claro, los hombres eran más reticentes sobre esos

asuntos, pensaba Emily. Y ella, por supuesto, era demasiado tímida

para ser la primera en decirlo. ¿Acaso Blake la habría desposado solo

por su fortuna?

Como única heredera de un acaudalado comerciante, estaba

acostumbrada a los cazadores de dotes, desde luego. Pero el capitán

Blake Heywood, Lord Greystoke, había regresado del campo de

batalla sin mancha alguna en su reputación, solo con el renombre de

su valentía y su liderazgo intrépido.

Sus ancianos tutores quedaron impresionados al enterarse

que Blake acababa de heredar un título de barón y una propiedad

rural. Se sorprendieron cuando confesó que junto con el título, había

recibido una montaña de deudas y una finca en ruinas.

Pero para entonces, Emily ya se había enamorado de su presencia carismática, de su humor irónico, de su modestia ante los aduladores que no podían evitar rendirse ante el atractivo héroe. Con deudas o sin ellas, quería a Blake. Un mes después, se había convertido en Lady Greystoke.

Amaba a Blake y lo deseaba allí, en su cama, cada noche, para poder descubrir más sobre el misterio del amor conyugal y empezar a construir su matrimonio. Y ese deseo le parecía egoísta, porque él solo estaba cumpliendo con su deber.

Emily se dio la vuelta hacia el otro lado. La cama era cómoda, la que no encontraba reposo era su mente. Si aquel mensaje hubiese llegado solo un día más tarde, entonces habría sido verdaderamente su esposa.

La idea de que la despedida habría sido el momento perfecto para que él le dijese que la amaba se agitaba en el fondo de su mente, pero ella trataba de ignorarla. El amor no había sido parte del acuerdo.

Dios sabía dónde estaría ido Blake y el peligro que corría. El nudo frío de miedo en su estómago que nunca la dejaba del todo volvió para sumarse a su desdicha.

Blake estaba vivo, se repitió, como hacía cada noche. Tenía

que creerlo porque si no era así, su corazón se rompería sin remedio.

Inquieta, se pasó las manos por el cuerpo. Blake le había enseñado a necesitarlo, a desearlo con pasión, pero no le había enseñado lo que significaban esos anhelos ni cómo vivir sin él, en la cama o fuera de ella.

Aun con los ojos cerrados, intuyó que había luz en la recámara. Ya completamente despierta, abrió los ojos y vio un rayo de luz plateada que atravesaba las cortinas abiertas.

Al llegar a la casa, no había podido cerrar el pesado brocado antiguo de las cortinas que cubrían el ventanal; uno de los anillos se había atascado y estaba demasiado alto para alcanzarlo, así que lo dejó así. Ahora, se levantó de la cama alta y fue hasta la ventana.

La nube que había ocultado el cielo nocturno se había dispersado y la luz fría iluminaba la terraza como si fuera de día.

Hasta podía ver los detalles de la mampostería en la pequeña caseta de vigilancia que se alzaba en una de las esquinas.

Desde su llegada, Emily se había sentido intrigada por el peculiar diseño del castillo que había divisado desde el mar cuando su barco atracó. Parecía como si alguien hubiera tomado un enorme

pastel, lo hubiera tallado en forma de estrella de ocho puntas, lo hubiera revestido de granito, coronado con almenas y garitas y luego hubiera emplazado un gran cuadrado en el centro, donde había construido una casa isabelina cuyo tejado y pisos superiores asomaban por encima de la terraza que la rodeaba.

Un pasaje serpenteante conducía desde los portones del castillo hasta la entrada de la casa a nivel del suelo. En el piso que ocupaba Emily, a la altura de las almenas, había dos pequeños puentes que conectaban con la terraza, situada sobre el espesor de los gruesos muros exteriores. Suponía que en su interior habría escaleras, almacenes y pasadizos.

La vista desde su ventana era mágica, bañada en plata, misteriosa, casi inquietante. Janey le había contado que desde allí había amplias vistas hacia el mar y las islas de Samson y St. Agnes.

A la luz de la luna, debía ser hermoso; mejor eso que dar vueltas en la cama.

Emily se abrigó con la bata sobre el camisón y abrió la puerta de su recámara. Recordó haber notado, al llegar, una puerta más pesada al final del pasillo que seguramente daba acceso a las almenas.

La vieja puerta, con su pesado herraje de hierro, estaba

atascada, pero no cerrada con llave. Por un momento, eso la sorprendió, pero enseguida comprendió que cualquiera que estuviera del otro lado ya habría tenido que atravesar las formidables defensas del castillo. La pequeña fortaleza estaba bien protegida contra invasores: ella y los dos sirvientes estaban solos allí.

El aire estaba más cálido que cuando había subido la colina desde la casa del gobernador. El viento había pasado a ser una suave brisa juguetona que le agitaba la bata blanca de muselina y coqueteaba con el dobladillo de su camisón; le despeinó el cabello suelto cuando salió al pequeño puente de madera.

A cada lado, la caída hacia el sendero empedrado entre el bastión y la casa se sumía en la negrura, pero los pasamanos parecían firmes. Emily se detuvo al final de la estructura de madera y se aferró a la última tabla; las losas estarían frías, debería haberse puesto las zapatillas.

Un movimiento fugaz en el borde de su visión le llamó la atención. Por un momento, pensó que se trataba de una bandera atrapada por la brisa, pero entonces lo vio: un hombre caminaba cerca de las almenas.

Sus pasos no emitían sonido alguno, la capa negra

revoloteaba alrededor de sus tobillos con cada zancada y su cabello, demasiado largo para la moda actual, se movía a su andar. En las sombras, era imposible distinguir su rostro, oscurecido por una barba incipiente.

De pronto se detuvo, y la capa se acomodó alrededor de su figura, ligeramente levantada del lado izquierdo por la espada que portaba. Un destello de metal brilló en su garganta.

Emily se quedó mirándolo desde una distancia de unos diez metros. ¿Un soldado? ¿El soldado del mar?

Debió de moverse, hacer algún leve ruido, porque él giró la cabeza para mirarla; sus ojos estaban ocultos bajo el ala del sombrero. Emily sintió que las piernas le temblaban y le costaba respirar. Comprendió que no era solo miedo lo que sentía debajo del susto y la incredulidad, sino un intenso deseo por esa figura oscura, un reconocimiento primordial.

Sus labios se entreabrieron, se los humedeció con la lengua. Sintiendo calor en el cuerpo y las manos húmedas, cerró los puños con fuerza.

Un sueño… pero sentía las uñas clavadas en la piel, podía oler el salitre del mar en la brisa, oír el distante llamado del centinela

junto a la casa del gobernador. Estaba despierta.

Los músculos de sus piernas se tensaron, listos para ponerse en movimiento, pero no para huir. Estaba a punto de correr por las lajas para lanzarse a los brazos… ¿de qué? ¿De un espectro añejo y enmohecido?

Entonces sintió miedo, miedo de su propio anhelo imprudente e inexplicable. Terror de que su mente estuviera jugándole una mala pasada.

El viento se tornó más frío, la luz de la luna se atenuó y de pronto, la oscuridad la envolvió. Emily alzó la vista hacia las nubes que cubrían la luna y luego volvió a mirar la tenue silueta del puesto de guardia.

Nada se movía. No había sonido ni figura alguna. El hombre había desaparecido. Retrocedió, aferrándose al pasamano y avanzó sin hacer ruido hasta llegar a la puerta, como temiendo que el producto de su imaginación pudiera escuchar sus pasos o el violento latir de su corazón.

Era una ilusión, un espejismo. Tenía que serlo. Los clavos de hierro de la puerta de roble se hundieron contra la piel de sus hombros mientras buscaba el oxidado pestillo con manos

temblorosas y se aferraba a él, su conexión con la realidad,

intentando pensar de manera racional.

Había estado cansada e inquieta en un dormitorio

desconocido y su imaginación se había desbordado por la historia de

fantasmas, era solo eso. La luz de la luna formaba sombras

extrañas, irreales, y su mente había invocado la figura del misterioso

hombre.

¿Pero por qué no le había inspirado temor? ¿Y por qué había

sentido una atracción tan fuerte que incluso ahora su pulso latía con

fuerza y sentía deseo en el corazón?

Porque ya estaba excitada, se dijo a sí misma. Estaba

pensando en Blake, deseando a Blake y eso, junto con la historia

absurda, hizo que mi deseo tomara la forma de un fantasma.

Era una mujer adulta, racional. No creía en fantasmas y debía

resolver esto de inmediato. Si corría de vuelta a la recámara y se

ocultaba bajo las mantas, no sería más que una niña tonta y siempre

se preguntaría si realmente habría habido alguna explicación lógica.

Haciendo caso omiso del aleteo en su estómago, Emily se

irguió, cruzó nuevamente el puente de madera y miró a su

alrededor. Las nubes se deshilachaban delante de la luna, pero

había

suficiente luz como para ver que en todo el ancho espacio de lajas

no había ningún ser viviente. Ni siquiera un murciélago volaba sobre

su cabeza.

Entonces las sombras junto a la garita se movieron,

cambiaron de aspecto, tomaron la forma de un hombre. La luna

salió por completo, él se llevó una mano al sombrero y ella vio su

rostro claramente en la luz fría. Ese rostro tan familiar, pálido como

el hueso y afilado como la muerte en el frío de la noche.

Blake. Sintió que la sangre le abandonaba el cuerpo.

—¡No! —Emily levantó una mano en un gesto de negación

mientras él se acercaba.

Intentó volverse y correr hacia la puerta, pero sus piernas

habían perdido la fuerza y sintió que caía hacia las manos de él, de

Blake, que la alcanzaban. El mundo giró vertiginosamente, su visión

se borroneó y luego solo hubo oscuridad.

CAPÍTULO DOS

Blake dio un respingo. Su espalda chocó contra la piedra

sólida del puesto de guardia; inspiró temblorosamente mientras se

regañaba por ser un tonto.

Era una mujer, no un fantasma. Él no creía en fantasmas.

Pero el impacto de ver esa figura de blanco que había aparecido tan silenciosa y repentinamente, con las ropas al viento, lo había sacudido. Entonces, la luna volvió a iluminarla y pudo verla con más claridad: una figura esbelta con el rostro oscurecido por el cabello. Comprendió que era tan humana como él y avanzó, llevándose una mano al sombrero y abriendo la boca para hablar y disculparse por haberla sobresaltado, igual que ella a él.

Fue un error. El espanto en la cara y el cuerpo de ella cuando retrocedió fueron tan vívidos como si hubiera gritado. Alargó las manos hacia la mujer, pero ella se desplomó contra la barandilla. Blake sacudió su parálisis y corrió para sujetarla antes de que cayera al suelo. El esfuerzo le desgarró la herida del hombro aún a medio cicatrizar; la apretó contra su cuerpo, esperando que ella luchara o lo golpeara. Pero permaneció inerte en sus brazos, delgada e inmóvil. Le apoyó una palma en el pecho y sintió el latido veloz de su corazón. Estaba completamente inconsciente.

—¡Demonios! —murmuró Blake. Había pasado un día largo y cansador escribiendo informes, encerrado en el pequeño camarote del barco que lo había traído desde Gibraltar. Cuando una hora antes

entregó los mensajes al gobernador, la sugerencia de la hermana del gobernador de que se quedara a dormir en el castillo en lugar de volver al estrecho camarote del Loyal George le había parecido una agradable distracción.

Ahora tenía que lidiar con una mujer inconsciente que podría despertar en cualquier momento y armar un escándalo.

El sirviente que lo había guiado y había abierto las puertas exteriores se había retirado. La casa estaba en completo silencio, sin luces en las ventanas, ni siquiera en la planta baja. No podía esperar ayuda de ningún ama de llaves competente, ni de nadie a quien pudiera entregar su carga.

—Seguramente ya estarán todos durmiendo —le había dicho la señorita Morton mientras le servía más té durante la rápida cena —. Y para ser franca, la cocinera es muy anciana y el chico es algo retrasado. Pero Peter lo guiará hasta arriba. Suba por una de las escaleras del muro y saldrá a la parte superior. Cruce alguno de los puentes hasta la casa; hay una cama preparada en una de las habitaciones, solo busque hasta encontrarla. No, no, no es molestia alguna, Lord Greystoke; me imagino que preferirá estar en tierra firme para cambiar —había sonreído, complacida—. Le ofrecería una

habitación aquí, si no fuera porque estamos redecorando los aposentos para invitados. La querida Emily desearía que lo alojáramos cómodamente.

Por supuesto, era amiga de Emily; recordaba que su esposa había lamentado que Janey Morton no hubiera podido asistir a la boda. Y, de hecho, la señorita Morton parecía encantada de hospedarlo.

En este momento, Blake se sentía considerablemente menos agradecido por su hospitalidad. Podría haberle advertido que había otra invitada. ¡Demonios! ¡Podría haber entrado directamente en la alcoba de esa mujer y entonces sí que habría sido un verdadero desastre!

Se inclinó para maniobrar con el pestillo usando el codo, lo que hizo que su carga quedara inquietantemente cerca de su cara; captó un dejo de su aroma. Especiada, cálida, única.

Única y muy familiar. Debería conocerla, se la había encargado a uno de los mejores perfumistas de Bond Street como regalo de bodas. ¿Emily? ¿Aquí? Estuvo a punto de dejarla caer.

La puerta exterior se abrió cuando la empujó con el hombro.

En el pasillo delante de él vio otra puerta entreabierta.

—¡Emily! —Ella se movió en sus brazos y murmuró algo, pero luego volvió a quedar inerte. La punzada de miedo que sintió lo

sorprendió. Estaba acostumbrado a lidiar con heridas y la parte racional de su mente le decía que ella no estaba herida, que simplemente se había desmayado por la sorpresa.

Era poco probable que una mujer joven y sana sufriera algún daño duradero por desmayarse, y sin embargo, sentía un nudo en el estómago. No era fácil hacer que Blake Heyward se preocupara y mucho menos que tuviera miedo, pero no entendía lo que estaba sintiendo.

Cuando depositó a Emily sobre la cama, ella seguía profundamente inconsciente. Blake encendió una vela y la tenue luz confirmó lo que ya sabía: el perfil sobre la almohada era inconfundible. Decididamente, era su esposa; no estaba teniendo alucinaciones. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano, sintiendo la suavidad de su piel.

—Emily.

No era de extrañar que Janey Morton hubiera estado tan complacida al enviarlo a este lugar; seguramente era la única cama preparada en todo ese piso y sabía que acabaría encontrándola. Debería haberle advertido de su llegada, pensó, sintiendo una repentina furia protectora. Emily seguramente se había asustado. Pero ¿por qué su esposa estaba en las islas Sorlingas,

flotando en camisón por los baluartes del castillo? La había dejado en Hampshire el día de su boda, viendo cómo parpadeaba para contener las lágrimas mientras esbozaba una sonrisa valiente que le había clavado una daga de culpa en las entrañas.

Se dio cuenta de que Emily estaba fría. Preocupado al verla inmóvil, le palpó la cabeza con suavidad. No había ningún bulto ni ningún indicio de hueso desplazado ni señal de que se hubiera golpeado.

Blake vio con sorpresa que le temblaban las manos. No era un compañero de armas al que revisaba para ver si estaba herido. Era su esposa.

Si no intentaba despertarla, ella saldría del desmayo por sí sola y pasaría a un sueño profundo sin recuperar completamente la conciencia. Eso sería lo mejor, se dijo, reprimiendo el egoísta deseo de verla despertar, de que esos ojos azules y límpidos se abrieran, azorados, y si la suerte lo acompañaba, encendidos de deseo.

Pero estuviera Emily inconsciente o no, esa noche la sostendría en sus brazos y dormiría con ella en esa cama.

Moviéndose con la cautela silenciosa de un hombre entrenado para acechar al enemigo, se desabrochó la capa, soltó la hebilla de la vaina de su espada y se sentó en el borde de la cama para quitarse

una bota y luego la otra. Dejó el resto de su uniforme sobre la silla. Se metió en la cama junto a Emily y tras tirar de las cobijas para cubrirlos a ambos, se giró de lado y acomodó el delgado y tentador cuerpo de ella contra el suyo.

Dios, cómo la deseaba. Durante las semanas en las que la cortejó, le había resultado difícil resistirse a la tentación de besarla con toda la pasión que despertaba en él, pero no había querido asustarla.

Tendrían tiempo para conocerse una vez que estuvieran casados; habría tiempo para que ella aprendiera a confiar en él, para que aprendiera a seducir a su esposa y le hiciera conocer los placeres de los aposentos conyugales.

Tal vez el de ellos no fuera un matrimonio por amor –y Emily había sido admirablemente franca al reconocer la naturaleza de su alianza– pero eso no excluía el cariño y el deseo.

La tensión en su ingle se hizo más intensa, al igual que el latido sordo en su nombro, como si su propio cuerpo intentara mantenerlo despierto. Pero los años en el ejército le habían dejado la habilidad de dormir en la silla de montar, encaramado en un árbol o incluso de pie, si era necesario, y despertar al menor crujido de una rama. Dejándose envolver por el sueño, hundió el rostro en el

suave cabello de su esposa, esperando que lo hubiera echado de menos.

Blake estaba acurrucado contra ella, protegiéndola con su cuerpo. Emily sonrió, adormilada, y arqueó la espalda, presionando las nalgas contra el prominente indicio de que su esposo sabía que estaba allí.

Qué sueño maravilloso. No quería despertar ahora que su imaginación estaba evocando cosas tan deliciosas, tan atrevidas.

Pero estaba despierta, no tenía sentido fingir lo contrario.

Abrió los ojos y se encontró con muros de piedra, un arca antigua de roble. Ese no era su dormitorio. No estaba en Hampshire, ni siquiera en la casa del gobernador.

El recuerdo de que se encontraba en el Castillo de la Estrella le vino a la mente un segundo antes de que se diera cuenta de que el hombre desnudo bajo las sábanas era real y no tenía derecho a estar allí.

Con un grito ahogado, se lanzó fuera de la cama y golpeó dolorosamente contra el suelo duro. La habitación giró durante unos segundos, hasta que consiguió enfocar la vista.

—¡Voy a gritar! Se lo advierto… —Su voz se ahogó cuando él

se incorporó en la cama—. ¿Blake? ¿Eres tú? —Estaba perdiendo la razón—. Anoche soñé…

Entonces vio que estaba desnudo de la cintura para arriba con excepción de una venda que le cubría el hombro.

—¡Estás herido! —Se aferró al poste de la cama y se puso de pie con esfuerzo.

Está herido pero está vivo. ¡Gracias a Dios!

—¿Soñaste que veías un fantasma en las almenas? —preguntó él, sin preámbulo. Se había quedado muy quieto; ella percibió que no quería asustarla.

¿Entonces no había sido un sueño? Ahora recordaba todo, con la misma sensación de horror.

—Tu fantasma. Le vi la cara. Tu cara. Tan pálida. Pensé que estabas muerto y estaba viendo tu espíritu. Y luego… ¿me desmayé?

Él asintió.

—Te desmayaste y te cogí en brazos. Te llevé a la cama. Es maravilloso verte, pero ¿qué demonios haces aquí, Emily?

Blake apartó las sábanas y bajó los pies de la cama. Estaba completamente desnudo.

Emily dejó escapar un gritito y cerró los ojos. Nunca había visto a un hombre desnudo, ni siquiera había visto el torso de Blake

al descubierto, aunque en un arrebato de atrevimiento, una vez había deslizado la mano dentro de su camisa, mientras retozaban y reían en el carruaje de camino a Hampshire.

—¡Blake!

—Lo siento —dijo él, con un tono más divertido que arrepentido—. Ya me he cubierto. Vuelve a la cama.

Emily abrió los ojos con cautela, pero se quedó donde estaba.

—Esto no puede ser real. Debo estar soñando. Desapareces durante dos meses el mismo día de nuestra boda y de repente reapareces en mi cama sin previo aviso, ¡justamente aquí! ¿Qué te ha pasado en el hombro?

—Una bala francesa. —No… —Levantó una mano cuando ella ahogó una exclamación—. Entró y salió, solo fue una herida superficial. Está prácticamente cicatrizada, aunque debo admitir que sentí un pinchazo cuando cogí en brazos a un fantasma desmayado y descubrí que era de carne y hueso. Por un segundo pensé que tú también eras un espectro, lo cual fue… estimulante.

«El navío de la armada en el que regresaba hizo una parada aquí para dejar despachos; la mayoría de los que vienen de la bahía de Vizcaya paran en este puerto. Es solo una coincidencia que tu gran amiga me encontrara mientras hablaba con su hermano,

aunque no puedo imaginar por qué estás aquí. Obviamente, a la

señorita Morton le resultó divertido enviarme aquí a pasar la noche,

sin advertirme de tu presencia.

—Janey es muy romántica —dijo Emily—. Su pulso se había

calmado y ya controlaba su respiración.

No iba a hacer el ridículo dejándose caer en los brazos de

Blake y cubriéndolo de besos, aunque era lo que más ansiaba hacer.

Sería mostrar sus sentimientos por él, cuando él no hacía lo mismo.

Se veía bronceado y delgado. De algún modo, más

musculoso, aunque el hombre con el que se había casado ya era

fuerte y seguro de sí. Supuso que esa dureza adicional era el

resultado de las recientes batallas.

Emily sentía timidez y cierta incomodidad. ¿Aún la desearía?

¿Tendrían que empezar de nuevo para conocerse mejor?

—Pensé que me merecía unas vacaciones, así que acepté la

invitación de Janey para visitarla. Hace tiempo que me lo pedía, dice

que se siente sola aquí —añadió, sin poder dejar de hablar.

—¿Dejaste Greystoke? —preguntó Blake.

Emily deseó que se pusiera algo de ropa. Su tórax desnudo,

surcado de músculos y cubierto de vello oscuro, la hacía querer

apoyar su mejilla en él, rodearlo con los brazos y aferrarse a su

cuerpo en agradecimiento por haber vuelto sano y salvo. Pero no sabía si debía dar el primer paso. Ni cómo hacerlo.

—¿Te molesta? Me sentía… sola. Y lo confieso, bastante agotada. He pasado casi ocho semanas buscando personal, limpiando y encargando reparaciones, empezando a convertir esa ruina en una residencia digna de un caballero y necesitaba un descanso. No estoy acostumbrada a esas cosas —añadió, intentando hacer una broma—. Quizás he sido demasiado consentida.

Blake frunció el ceño.

—No tenía intención de que te ocuparas de todo eso. No me extraña que te hayas desmayado, debes estar agotada.

—Tampoco he estado fregando de rodillas —aclaró Emily—. Pero tomar tantas decisiones fue agotador. La hacienda necesita a su dueño. Pero en tu ausencia, el Sr. Welling parece ser un administrador más que competente y lo dejé reponiendo los rebaños y haciendo averiguaciones sobre ganado bovino. Las reparaciones en la granja ya han comenzado. Ahora tenemos un ama de llaves con experiencia. He gastado —añadió, arriesgándose a bromear— gran cantidad de tu dinero.

—Nuestro dinero —la corrigió Blake.

Él siempre se había mostrado susceptible respecto del rumor de que era un cazafortunas, pero a Emily no le importaba que hubiera buscado una esposa con una gran dote, pues lo encontraba sumamente atractivo y también lo admiraba.

Fue ella quien tomó la decisión cuando él le propuso matrimonio y le dejó en claro que no tenía que andarse con rodeos en cuanto a la razón de su unión.

—Yo tengo dinero, tú tienes título y hacienda —le había dicho —. Mi madre fue una dama de sociedad que se fugó con un industrial que llegó a ser inmensamente rico: esa es mi buena fortuna. Tus antepasados llegaron con Guillermo el Conquistador y adquirieron tierras y un título. Esa es tu riqueza. Me parece sensato que las unamos. Descubrirás que soy muy sensata —añadió, a modo de advertencia.

—¿No buscas romance? —había preguntado él, frunciendo levemente el ceño.

—Pues sería muy agradable —había respondido ella con modestia, y Blake había reído y la había besado hasta que casi perdió la conciencia y la acompañante se puso visiblemente nerviosa. Evidentemente, él pensaba que el romance consistía en besos y coqueteos, no en amor. Pero los besos habían sido

deliciosos.

Blake sabía mantener su rostro inescrutable, aunque ella había empezaba a poder leer sus expresiones. Ahora fruncía las cejas, más oscuras que su pelo rubio miel, y sus ojos verdes se oscurecían como cuando se despertaban sus emociones. Le gustaba su pelo así, largo, desordenado. Romántico.

Emily se levantó y se dirigió a la ventana. Sería bueno poder calmar la respiración y el pulso, y poder juntar el valor de zambullirse en la cama con Blake o preguntarle de manera digna cuáles eran sus planes. O si la había echado de menos.

Junto a la chimenea vacía colgaba un cordón de campanilla bastante desgastado, pero, dado que la cocinera era un poco sorda, no parecía tener mucho sentido tirar de él.

Emily recogió su ropa y se ocultó detrás del biombo de cuero en una esquina de la recámara.

—Voy a lavarme y vestirme, luego bajaré a pedir agua caliente para ti y veremos si desayunamos aquí o en la casa del gobernador. —Significaría lavarse con agua fría, pero tal vez eso la ayudara a despejar la mente.

—Muy propio de una esposa —dijo él, con esa nota de diversión apenas contenida que ella reconocía en su voz; sabía que

sus ojos brillarían, risueños, mientras la provocaba.

Emily frotó su cepillo de dientes contra el polvo con fuerza innecesaria.

—Es mi objetivo, milord.

Se escuchó una risa ahogada.

—Milord. A eso sí que me va a tomar tiempo acostumbrarme. Hace mucho tiempo que soy “señor” o “mayor”.

Emily se enjuagó la boca, se lavó apresuradamente y se colocó las enaguas.

—Estoy segura de que te acostumbrarás, igual que a estar casado. Con el tiempo, ambos lo haremos —añadió, con un dejo de desesperación en la voz.

Se había preparado durante meses para la boda. Jamás había soñado que tras meses de separación, despertaría un día y se encontraría en la cama con su esposo.

Blake se acercó al biombo y se rió por lo bajo. Ella había olvidado su capacidad para moverse sin hacer ruido y sorprenderla cuando menos lo esperaba.

—Ya me he acostumbrado, no temas. Te he echado de menos, Emily.

Y yo a ti, mi amor.

—¿De veras? —Intentó no sonar demasiado ansiosa, para no

avergonzarlos a ambos. Sus dedos vacilaron en los lazos del vestido.

¡Estaba tan cerca! ¿Debería salir de detrás del biombo y echarse en sus brazos? ¿Sería eso propio de una esposa o debería esperar que él hiciera la primera jugada? Su cabeza daba vueltas, sentía que debía hacerlo bien.

—Ocho semanas es mucho tiempo para que un hombre lo pase sin su esposa. Sobre todo cuando se lo llevan sin aviso la misma noche de bodas —respondió él desde más lejos, como si hubiera comenzado a explorar la recámara.

—Es exactamente el mismo tiempo para una mujer —acotó Emily, mientras se abrochaba el cuello del vestido. Afortunadamente, su corsé se cerraba por delante.

Por lo visto, él no había buscado compañía femenina en otro lugar. Gracias a Dios. No sabía si eso la habría sorprendido: era tan poco lo que conocía sobre los hombres o sobre lo que debía esperar.

Lo único que sabía era que le habría dolido.

Inspiró hondo y salió de detrás del biombo con la jarra vacía en las manos. Su esposo, completamente desnudo salvo por el vendaje en el hombro y una sábana enrollada en la cintura, contemplaba el paisaje desde la ventana.

Contra la luz, Emily no podía distinguir más que una silueta, pero esta le ofrecía una vista excelente y perturbadora de hombros anchos, una cintura estrecha y largas piernas.

—Has perdido peso —comentó, logrando de algún modo mantener la voz firme. Se acercó y vio cómo destacaban los músculos definidos bajo una piel que había perdido la poca grasa que tuvo alguna vez.

Blake se giró.

—Nada grave. Estábamos detrás de las líneas enemigas sin demasiado que comer, nada más.

—¿Qué? —exclamó, atónita.

No fue hasta que él se lanzó hacia adelante y atrapó la jarra que Emily se dio cuenta de que se le había resbalado de las manos.

—¿Detrás de las líneas enemigas? ¿Eso no es muy peligroso? Blake, suelta esa estúpida jarra y déjame mirarte. —Toda su timidez se desvaneció cuando se abalanzó hacia él para pasarle las manos por el torso y asegurarse de que realmente estuviera bien.

—Calla. —Blake dejó la jarra en el suelo y la rodeó firmemente con sus brazos—. Estás hablando como una gallina nerviosa con un solo polluelo. Detrás de las líneas, los cañones enemigos apuntan en la otra dirección. Es mucho más seguro.

Emily se retorció hasta liberar sus manos y las enredó en su cabello, a ambos lados de su rostro; lo miró con ojos preocupados, sintiendo la barba incipiente contra las palmas de sus manos.

—¡No bromees! No me creo ni una palabra. —Ay, si no estuviera tan agradecida de tenerlo de regreso sano y salvo, lo abofetearía.

Blake se encogió de hombros.

—No te atrevas a llorar.

Emily sorbió por la nariz.

—¿Por qué?

—Porque quiero hacer el amor contigo y no quiero que estés toda salada.

Ah! Ah, por fin. Sus manos se deslizaron hacia sus hombros, acariciándolo suavemente alrededor del vendaje.

Blake inclinó la cabeza y la besó; sus labios se moldearon sobre los de ella, no con la presión contenida que había utilizado durante su cortejo, ni siquiera con la pasión juguetona que habían compartido en el carruaje el día de la boda, sino con el firme sentido de posesión de un guerrero que regresa.

Su beso no pedía permiso, le informaba con firmeza que ella le pertenecía y que estaba decidido a recuperar sin demora alguna el

tiempo perdido durante su separación forzada.

Cuando liberó la boca de Emily para mordisquearle el lóbulo de la oreja, ella dijo en un suspiro ahogado:

—¿Ahora?

—Ahora —gruñó él; le rodeó la cintura con las manos, la levantó y la llevó a la cama—. Este matrimonio comienza aquí y ahora.

CAPÍTULO TRES

—¡Pero estoy completamente vestida! —exclamó Emily, tumbada entre las sábanas arrugadas. Se sonrojó al percatarse de la torpeza de su comentario.

—Lo sé. Así que será muy divertido volver a desvestirte. —Blake se pasó la lengua por los labios con evidente entusiasmo.

—¿Es… divertido? —No parecía probable, pero la expresión de él mientras deslizaba las manos por sus piernas para llegar a las ligas demostraba júbilo.

—Mucho más cuando podemos desvestirnos mutuamente. Podríamos pasar horas así, pero esta mañana no creo que pueda permitirme tanta lentitud.

Con dedos juguetones, le desató los lazos y dejó huellas de sensaciones en sus tobillos mientras le quitaba las medias.

—Date la vuelta para que pueda desabotonarte el vestido.

Emily obedeció e instantes después, se encontró de nuevo de espaldas, sin el corsé; solo las enaguas la separaban de la mirada de su esposo.

—¿Te sientes incómoda? —preguntó él, mientras le quitaba las enaguas por encima de la cabeza. Ella negó con la cabeza, sin poder decidir qué era lo que sentía.

—¿Estás asustada?

No. De eso estaba segura. Volvió a negar con la cabeza.

—¿Sientes timidez?

—Sí, eso sí.

—¿Ayudaría si yo me desnudara primero? —Se llevó las manos al nudo de la sábana que le rodeaba la cintura.

—¡No! —chilló Emily. Inspiró profundamente—. No es que no quiera que me hagas el amor. Lo deseo. Mucho. Me he imaginado… —Se interrumpió, sonrojándose ante el recuerdo de sus fantasías—. Es solo que… es todo tan repentino.

—Ah. —Blake la observó con la cabeza ladeada, como si estuviera analizando un problema, luego tomó una de sus medias—. Entiendo. Cierra los ojos.

Emily sintió que la media de seda le cubría los ojos, dejándola a oscuras. Blake la ató con suavidad detrás de su cabeza.

—Ya está. Esto es solo un sueño. Finge que todo lo que pueda suceder es solamente tu propia imaginación. —Rió por lo bajo—. ¿Qué te has estado imaginando que ha hecho que te sonrojes así?

Emily sintió que se ruborizaba aún más.

Blake le quitó la enagua. Lo oyó ahogar una exclamación.

—Eres preciosa —murmuró—. ¡Tan preciosa!

En sus sueños, él la besaba y una corriente eléctrica le recorría todo el cuerpo. En sus sueños, las manos de él le acariciaban los senos y ella ardía de deseo. En sus sueños… no tenía idea de qué sucedería después.

Sintió el aliento de Blake por la curva de su pecho, bailando tibio y provocador como una brisa de verano; luego su lengua, solo la punta, acarició el extremo de su pezón y Emily soltó un suspiro ahogado. Las manos de él se cerraron sobre sus pechos turgentes, mientras pasaba de uno a otro con la boca, lamiéndolos, mordisqueándolos, succionando mientras ella se retorcía debajo de él.

—Blake…

—Sueña conmigo —susurró; Emily sintió que el aire se movía

junto con él. La besó en la boca, lentamente, acariciándole los senos

con la mano derecha y enredando la mano izquierda en su cabello.

Emily apoyó las manos sobre sus hombros y sintió la suavidad

de su piel y la fuerza de sus músculos. Lo acarició un momento

hasta que él se deslizó hacia abajo, dejando que las manos de ella

se hundieran en su pelo mientras le besaba el estómago y su

delicada piel se estremecía.

Emily sentía que el cuerpo ya no le pertenecía, que

reaccionaba, temblando de deseo y ansias con una intensidad que la

habría atemorizado si no supiera que estaba a salvo con Blake, con

un sueño de Blake, y…

—¡Ah! —susurró cuando los dedos de él se enredaron en el

vello entre la unión de sus muslos.

—Ábrete para mí, cariño —murmuró él y ella obedeció,

separando las piernas, más allá de todo pudor, mientras los dedos de

él acariciaban las suaves hendiduras.

—Tan suave —murmuró él—. Y tan húmeda para mí. —Un

dedo se deslizó en su interior, luego otro, y Emily se puso rígida,

apretando los músculos de manera instintiva contra la invasión,

presionando contra la palma de él—. Sí, así, mi vida.

Jugueteó con ella hasta dejarla casi sollozando de deseo, buscándolo, desesperada por algo más, por ponerle fin a esa deliciosa tortura, por hacerla durar para siempre.

—¿Esto es real o es un sueño, Emily? —preguntó Blake en su oído.

—Real —jadeó—. Sí, es real y te deseo. Blake, por favor, muéstrame qué debo hacer.

La luz la encandiló cuando él retiró la media.

—Mírame y confía en mí —dijo, mientras se acomodaba entre sus piernas. Emily había imaginado un forcejeo y una estocada brutal y dolor, pero su cuerpo se abría para él suavemente, con facilidad. Sonrió al recibirlo dentro de ella. Luego todo se tensó y de pronto, se tornó difícil.

—Ahora —dijo él y empujó con fuerza. Ella sintió un repentino dolor, sorpresa ante lo profundo del contacto y luego solo gozo ante el encuentro, la intimidad, la confianza.

—Ah… sí —murmuró—. Blake…

Y él se movió despacio, hasta que ella encontró el ritmo y luego cada vez más rápido y con más fuerza hasta que Emily quedó

atrapada en una madeja de sensaciones que de pronto estallaron; soltó un gritito cuando la boca de Blake cubrió la suya y sus gritos se mezclaron. De pronto él se puso rígido sobre ella y Emily sintió la corriente de calor en el centro de su ser.

—Despierta, cielo. —Alguien le soplaba despacio en el oído.

Emily protestó, se retorció y se encontró atrapada en los brazos de Blake—. Buenos días, Lady Greystoke. ¿Confío en que ahora te sientes casada?

—Me siento… —Débil y dolorida y confundida y maravillada, pensó Emily, parpadeando al mirar a su esposo—. Muy casada, sí, gracias.

Los ojos de él seguían ardiendo de pasión. Santo Cielo, quiere hacerlo otra vez. No creo poder… necesito acostumbrarme a esto.

—Hora de desayunar —dijo con energía, mientras salía de la cama y se refugiaba detrás del biombo con algunas de las prendas que Blake había dejado caer al suelo—. Pediré que suban agua caliente —dijo mientras se vestía a toda prisa—. Abajo hay un salón, te esperaré allí.

Su esposo, todavía tumbado en la cama, desvergonzadamente desnudo, le sonrió. Emily se dio cuenta de que

reconocía y entendía su agitación.

Mantuvo los ojos fijos en su rostro. No tenía intención de mirar hacia abajo, no creía estar preparada para eso todavía.

—Me reuniré contigo pronto, una vez que haya recuperado mi baúl de viaje de las almenas —dijo él, sin dejar de sonreír—. De pronto siento mucho apetito, por algún motivo.

Con las mejillas arreboladas, Emily huyó tan rápido como sus temblorosas piernas se lo permitieron.

Media hora después, Blake descendió la antigua escalera de roble, ataviado con su uniforme, la espada y el sombrero en mano, el rostro afeitado con esmero y el cabello recogido en la nuca con pulcritud.

Emily lo miró de soslayo desde el comedor y el tiempo pareció retroceder hasta el momento en que lo había visto por primera vez, bajando las escaleras hacia el salón de baile de los Caruther: apuesto, resplandeciente en su uniforme de gala, con la cabeza erguida y la mirada vivaz. En comparación con los frívolos libertinos y jóvenes de moda que la rodeaban, parecía tan seguro de sí, tan lleno de vida.

—Aquí estoy —dijo en voz alta. La señora Tremayne subirá el desayuno en un momento.

Sentada tras la cafetera, enfundada en un elegante vestido de

paseo, Emily se sentía más confiada, lista para enfrentar a su esposo, ahora completamente vestido.

—¿Café? —Lo sirvió negro, como a él le gustaba, y añadió crema al suyo—.Será mejor que baje a la casa del gobernador para preguntar a Janey si hay algo en lo que pueda ayudarla hoy.

Blake tomó un largo trago de café. Lo que menos deseaba era que su esposa, a quien acababa de descubrir, desapareciera en la casa del gobernador apenas unas horas después de haberla encontrado.

—Sin duda iremos para que pueda expresarle mis sentimientos a la señorita Morton sobre su peculiar idea de hospitalidad romántica. Anoche tuve pesadillas con el susto que te

di,

—Por favor, no le digas nada desagradable a Janey, es mi más querida amiga —le rogó Emily.

—Solo iba a señalar que su pequeño plan casi te hace caer entre la casa y las almenas. ¿Y si no hubieras salido? ¿Y si hubiera entrado en tu recámara, en la oscuridad mientras dormías? Habrías estado aterrada.

—Lo hizo con buena intención.

—Las cinco palabras más condenatorias de nuestro idioma — dijo Blake con tono sombrío, mientras atacaba un gran filete.

Aun sentía un cosquilleo por todo el cuerpo tras la emoción de haber hecho el amor con Emily. Había soñado con ello durante semanas y la realidad había sido incluso mejor de lo que esperaba.

Era tan dulce, tan tímida y sin embargo, tan naturalmente receptiva.

Levantó la vista para encontrarla observándolo con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Deberíamos pedir a un médico que revise tu hombro?

—Ya lo trató un cirujano militar y lo vendó de nuevo el médico del barco; no necesito más curanderos.

—Sí, milord —murmuró Emily.

Por algún motivo, no confiaba en esa actitud sumisa de su

esposa. Sospechaba que tarde o temprano, lo convencería para que fuera a ver a algún médico.

Por lo visto, se tomaba en serio sus deberes como esposa, a juzgar por lo que había estado haciendo en Greystoke. Pero ¿qué sentía ella realmente respecto al matrimonio? Había admitido alegremente estar dispuesta a casarse por conveniencia mutua, no había mostrado ansias de un matrimonio por amor y eso a él le había parecido perfecto… ocho semanas atrás.

Tal vez solo estaba sufriendo las secuelas de haber pasado casi dos meses tras las líneas enemigas, ya que por muy exitosa que fuera una operación, siempre dejaba su huella. Y sin embargo, esta vez había habido algo más, una urgencia distinta, una necesidad de volver a Greystoke y a la mujer que había dejado allí.

Blake sonrió al recordar la risa y la diversión de aquel accidentado, incómodo y frustrante trayecto en carruaje desde Londres. Había intentado besarla y acariciarla durante el viaje y ambos terminaron magullados y riendo en el suelo.

—No importa —había dicho él, mientras se levantaban con movimientos torpes—, tenemos todo el tiempo del mundo…

Ahora, al mirar desde el otro lado de la mesa a su esposa, cuyas mejillas sonrosadas revelaban que aún seguía ligeramente

turbada por el reciente encuentro íntimo, sintió una nueva oleada de deseo.

—¿Otra tostada? —Emily sirvió para ambos y luego comenzó a entretenerlo con una corriente constante de cotilleo inofensivo extraído de los periódicos, observaciones sobre las Islas Sorlingas, su opinión sobre historias de fantasmas y su alegría por no haber sufrido mareos durante el viaje desde Plymouth.

Blake no sabía si intentaba entretenerlo o si, más bien, estaba levantando una barrera tras la cual ocultarse. El matrimonio resultaba ser una experiencia nueva e interesante.

Cuando terminaron, Emily recogió su capa del respaldo de una silla y se dirigió a la puerta. Blake la siguió fuera y se detuvieron en los escalones de granito que daban a la entrada principal.

—¿No puedo convencerte de que volvamos dentro? —murmuró, rodeándole la cintura con un brazo y alzándole la barbilla para mirar sus ojos azules.

—¡No, es pleno día! —protestó Emily, mordiéndose el labio inferior de una manera que casi lo llevó a cargarla sobre su hombro y llevarla de vuelta al dormitorio.

Quizás se sentía dolorida, pensó Blake con un súbito remordimiento. Habría tiempo de sobra para persuadirla de que el

amor podía hacerse en cualquier momento.

—Me gustaría caminar —dijo Emily suavemente.

Lo tomó del brazo mientras paseaban cuesta abajo; pasaron junto al polvorín y la cárcel, luego giraron a la derecha por el sendero que rodeaba la península donde se encontraban los cuarteles, desde donde se accedía a las baterías de cañones y a los puestos de vigilancia.

Debajo de ellos, el pueblo Hugh Town se extendía a lo largo de la estrecha lengua de tierra entre dos bahías. El aire estaba diáfano, se veían las islas bordeadas de arena en el océano azul y las gaviotas chillaban en vuelo.

—¡Qué vista preciosa! —comentó Emily—. Me gusta estar junto al mar.

—Prefiero estar junto al mar que sobre el agua —admitió Blake—. Ningún soldado se siente tranquilo en el agua.

—¿Y la infantería de marina?

—No son ni peces ni aves —dijo con la displicente soberbia del clásico oficial del ejército.

El centinela que montaba guardia en la casa los saludó, y cuando el mayordomo abrió de par en par la gran puerta, lo primero que Blake vio fue a Janey Morton cruzando el vestíbulo con varias

cartas en las manos.

—¡Señorita Morton!

Ella se sobresaltó y se volvió; a pesar de su sonrisa de bienvenida, su expresión denotaba cautela.

—Ah, Lord Greystoke. Veo que ha encontrado a su esposa.

—Así es. Desgraciadamente, asusté tanto a Emily que se desmayó. Habría sido prudente darle un aviso.

Mantuvo su tono cortés y amable, pero la mano de Emily le apretó el brazo y él vio que le dirigía una mirada de advertencia a su amiga.

—Pero estoy perfectamente bien, Janey. —Emily dio un paso adelante y le tomó la mano—. ¿No es maravilloso que Lord Greystoke haya regresado sano y salvo?

—Maravilloso —coincidió la señorita Morton con un destello divertido en sus ojos que informó a Blake que no estaba en absoluto arrepentida de sus maquinaciones.

—¿Y qué nos dice de su navío, milord? ¿Volverá a bordo o podemos persuadirlo para que se quede aquí con Emily por un tiempo? —preguntó Janey con su tono habitual de amabilidad mezclada con curiosidad.

—Gracias, me encantaría quedarme —respondió Blake con

una leve inclinación de cabeza—. ¿Tendría la amabilidad de proveerme de papel para escribir? Necesitaría que alguien le llevara una nota al capitán y me trajera el equipaje, que sigue en el barco.

—Por supuesto, por aquí. —Abrió una puerta hacia un despacho.

—Gracias. Tenía intención de dar un paseo con Emily esta mañana. Buscaremos dónde almorzar, si eso no interfiere con sus planes.

—En absoluto. Benson… —Se volvió hacia el mayordomo—.

Por favor, dile a uno de los sirvientes que lleve el mensaje de milord

y de aviso a la cocina sobre el almuerzo. Espero verles para la cena.

—Sonriendo, cerró la puerta y los dejó solos.

—Pobre Benson —comentó Emily, sentándose en el brazo de una de las sillas de cuero con respaldo alto, mientras Blake tomaba una pluma del estante y acercaba una hoja de papel. En lugar de empezar a escribir, se quedó contemplándola con placentera calma, hasta que Emily se sonrojó y bajó la vista hacia sus manos—. No le gusta que envíen a los huéspedes al castillo antiguo.

—¿Nuestro nuevo mayordomo también tiene principios tan rígidos? —Blake escribió rápidamente, garabateó su firma y buscó una caja de obleas para sellar la nota.

—No me he tomado el atrevimiento de contratar ningún miembro masculino del personal en tu ausencia. Según un libro muy útil sobre la administración del hogar que me dio mi prima Miranda, eso es prerrogativa del hombre de la casa. Tenemos cocinera, ama de llaves y criadas; cuando necesitábamos hacer trabajos pesados, tu administrador me enviaba hombres. —Se interrumpió cuando regresó Benson, que aceptó la nota y se marchó tras inclinar la cabeza respetuosamente.

—Así que debo dedicarme a las responsabilidades de un buen jefe de hogar a mi regreso ¿no es así? —Blake se echó hacia atrás en la silla, inesperadamente entretenido por la actitud resuelta de su esposa.

Emily vaciló un momento, pero luego lo miró directamente a los ojos.

—¿Piensas regresar ahora?

—Por supuesto. —Blake se levantó, pero ella permaneció sentada, inclinando ligeramente la cabeza para observarlo—. Tendré que presentarme en la Caballería Real para entregar el informe sobre la misión, pero tengo derecho a un permiso y pienso tomarlo.

Algo pasó por los ojos de ella, una sombra ligera. Luego,

cuando él abrió la boca para preguntar, ella se encogió ligeramente de hombros y se puso de pie; Blake se preguntó si lo había imaginado o Emily se había sentido decepcionada de algún modo. ¿Acaso deseaba que él siguiera en el ejército? ¿Se habría acostumbrado a su independencia?

—El día está soleado, aprovechémoslo.

Él había esperado que ella sintiera algún temor de que volviera a dejarla. Pero Emily se había casado por la posición, el título y por el futuro de los hijos que esperaba tener con él. Ahora parecía haberse vuelto muy autosuficiente. De hecho, parecía sentirse muy a gusto en la casa y manejarla perfectamente bien sin él hasta el momento en que quisiera que entrevistara a un mayordomo.

¿O hasta que necesitara a un hombre en su cama? A pesar de una creciente inquietud sobre los sentimientos de su esposa, Blake sonrió al pensar en ello.

—Bien, enséñame entonces tu refugio en la isla. —La siguió hacia el sol.

—Me encanta estar aquí, en las islas —admitió Emily, tomándose de nuevo de su brazo una vez que pasaron a los guardias y tomaron el sendero que serpenteaba fuera de la vista, siguiendo el contorno de la península—. A esto lo llaman la

Guarnición.

A su izquierda, un muro protegía la empinada pendiente que

descendía hacia el mar; a su derecha, el terreno ascendía hacia unos

árboles raquíticos en la cima de la península.

—El clima se ha vuelto cálido.

—La vista es espectacular —admitió Blake—. Incluso después

de una semana a bordo, puedo apreciar el encanto de estas islas

esparcidas sobre el azul del mar.

Pasaron junto a una batería de cañones y los centinelas se

cuadraron de inmediato. Blake devolvió el saludo con un gesto leve.

—No es mi idea de un paseo tranquilo encontrarme con

soldados cada cinco minutos.

Emily soltó una risita, ese sonido algo pícaro que a él tanto le

gustaba.

—No, claro que no. Tomaremos este sendero de aquí que nos

llevará a la cima y quedaremos fuera de la vista.

Blake bajó la mirada hacia ella, pero su expresión, lo que

alcanzaba a ver bajo el amplio sombrero, parecía franca e ingenua.

Evidentemente, solo su propia mente vagaba hacia los

pensamientos de lo que un hombre y una mujer podían hacer al aire

libre en un soleado día de primavera. Al parecer, a su esposa ni se le

había pasado por la cabeza que él tenía en mente otro tipo de

ejercicio además de caminar.

CAPÍTULO CUATRO

Alcanzaron la cima, donde el pasto estaba cortado por las ovejas, y se encontraron a solas, salvo por el rebaño de animales que huyeron en estampida. A pesar de haberse criado en la ciudad, Emily había subido la cuesta con facilidad y sin mostrar el menor signo de fatiga. Blake se preguntó cuánto trabajo habría hecho ella misma en esa casa vieja y descuidada.

—… cortando árboles por culpa de los que queman algas.

¿Estás escuchando una palabra de lo que digo, milord?

—No —admitió él y Emily soltó una risa sorprendida—. Y, aunque agradezco que mantengas las formalidades ante el temible mayordomo de los Morton, prefiero que uses mi nombre, Emily. Por favor, retoma tu disertación sobre las islas.

—No estoy disertando, milo… Blake. Solo trataba de hacer conversación.

—¿Ah, sí?

—Y no digas "ah, sí" de esa manera. Ya estoy bastante nerviosa. —El tono de Emily era ligero, y aunque sonreía, había un

rastro de tensión en su voz.

—¿Nerviosa? —Blake se detuvo en seco—. ¿Aún? ¿Por qué? ¿No crees que lo peor ya ha pasado?

—¿Lo peor? ¿Así describes tu forma de hacer el amor? — Emily sonrió y se ruborizó.

—Eras virgen. Debió ser incómodo, al menos. Te aseguro que la próxima vez será mejor.

—No es eso. Es porque estuve casada contigo menos de un día, y luego desapareciste. Me he dado cuenta de que lleva tiempo acostumbrarse a tener marido de nuevo, si quieres que sea sincera. —Vaciló un instante—. Especialmente un marido que no conozco.

—Emily, ¿qué sientes…?

—¿Adónde fuiste? —le interrumpió ella, cortando la pregunta que él no sabía que estaba a punto de formular. No aún—. Ah, lo siento. Ibas a decir algo.

—No importa. —Claro que importaba, pero antes de hablar, Blake necesitaba pensar bien por qué hacía esa pregunta.

—Fui a España —respondió, tomándole la mano—. Emily, este lugar está resguardado, sentémonos aquí un rato. —Desabrochó su capa y la extendió sobre el césped, en un pequeño claro protegido por un seto. Se sentó y le tendió la mano.

Ella se acomodó a su lado, mirándolo con atención.

—Lamento haberte dejado con la casa y la finca en semejante estado —dijo Blake—. Debería haberte advertido. Esperaba estar al menos un mes en casa, pero surgió algo. —Se encogió de hombros; tenía fama de ser el elegido para misiones complicadas, no era la primera vez que le llamaban con tan poco tiempo.

—¿Por qué estaba tan abandonada? —preguntó ella de repente, con tono serio—. Sé que me advertiste, pero no imaginé que fuera tan grave.

—Mi tío era excéntrico, por decirlo de manera amable, y había tenido desavenencias con mi padre. Nunca me permitió intervenir, como él decía. Y ahora, viendo el desastre en que se ha convertido, quizás tenga que venderlo todo.

Emily mantenía la mirada fija en el mar, pero Blake sabía que solo fingía interés en la fragata que se alejaba hacia mar abierto.

—¿Por qué hablas de venderla? No me parece que sea algo que desees hacer.

—Creo que siempre supe que tendría que hacerlo una vez que heredara el título y la hacienda. Sabes en qué estado se encuentra actualmente. Tengo la responsabilidad de poner todo en orden otra vez. Los arrendatarios están sufriendo, la tierra se está deteriorando y aunque mi tío abuelo lo despreciaba, siento el deber

de mantener nuestro linaje.

—¿Entonces habías decidido dejar el ejército antes de conocerme? —preguntó ella, frunciendo ligeramente el ceño, con la vista fija en el navío que se alejaba.

—Te lo dije, estaba pensando en ello. Sigo haciéndolo. Si tengo que dejar el ejército, no será tu culpa, Emily.

—Ah, qué bien —respondió ella—. Habría detestado ser la razón por la que tuviste que renunciar al ejército—. Ahí estaba otra vez, ese hilo de tensión en su voz, como si sus sentimientos fueran lo opuesto de lo que decía.

Blake no quería pensar en ello, mucho menos hablar del tema. Se inclinó hacia adelante para aflojar los lazos que sujetaban el sombrero de Emily.

—El sol no está tan fuerte como para quemarte la nariz y este sombrero me está estorbando.

—¿Estorbando? ¿Por qué? —preguntó ella mientras él hacía a un lado el sombrero.

—Por esto. —Blake la tomó de los hombros y la atrajo hacia él hasta que quedó de rodillas frente a él, a pocos centímetros de distancia—. Parece que hubiera pasado una eternidad desde que hicimos el amor, Emily.

Los ojos de ella se agrandaron y él pudo ver su propio reflejo

en ellos.

—Pero fue hace apenas una o dos horas.

—No hay reglas al respecto. —Blake inclinó la cabeza y le besó la mejilla, luego deslizó los labios hasta su mandíbula y le mordisqueó suavemente la barbilla—. Tengo intención de compensar esas ocho semanas que pasamos separados.

—Blake… —Su voz tenía un dejo de pánico, mezclado con una excitación que encendió aún más el deseo de él—. Estamos al aire libre, a la vista de cualquiera. Alguien podría pasar…

—¿Quién? —preguntó Blake, concentrado en la suave piel bajo su oreja; el dulce aroma a jabón y a mujer le inundaba las fosas nasales. Un leve olor almizclado de cuando habían hecho el amor perduraba en su piel. Sintió que se tensaba de ardiente deseo.

—Un pastor, un soldado, alguien que salió a dar un paseo… Ah, Blake… —Su susurro se apagó en los labios de él; Blake la hizo recostarse sobre la capa y rodó sobre ella, atrapándola bajo sus codos.

Emily se movió para recibirlo entre sus muslos, a pesar de las faldas. Esa mañana había parecido encajar tan perfectamente con el cuerpo de Blake, como si hubiese sido hecha a medida para él. ¿Fue

solo suerte o acaso supo de manera instintiva cómo amoldarse al cuerpo más fornido y más ancho de él?

—¿Estás dolorida? —Le besó la oreja, conteniendo su ardor.

—Creo que no. Solo me siento… algo rara.

Blake se elevó y prolongó el beso durante unos segundos.

—Seré muy cuidadoso. Y no hay nadie a la vista —le aseguró —. Solo ovejas.

—Las escandalizaremos —murmuró ella, pero se movió contra él, ofreciendo su boca suave y receptiva cuando él se inclinó para besarla otra vez.

No hacía calor suficiente como para desvestirla por completo, pensó Blake con pesar, deseando verla sobre la hierba, pálida, redondeada y esbelta, bajo el cielo azul, mientras lo miraba desvestirse.

La belleza de su cuerpo le quitaba el aliento y su inocente timidez lo conmovía, pero no debía presionarla.

Recordaba de su niñez una pradera ondulada cubierta de flores silvestres al otro lado del bosque de Greystoke. Cuando regresaran, podría trenzar flores en su cabello, pensó, mientras su cuerpo se encendía al calor de sus propias fantasías.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Emily y él cayó en la cuenta de que seguía contemplándola.

A modo de respuesta, rodó hacia un lado y le levantó

suavemente las faldas; sus dedos se engancharon por un instante en

la seda de las medias. Subió hasta las ligas, luego hasta la tibia

suavidad de sus muslos, hasta que acariciar el nido de vello

esponjoso.

—En trenzarte flores en el cabello

Ella se sonrojó, como él había imaginado que haría al captar

el sentido de sus palabras, luego apartó la cabeza ligeramente.

—Hay algunas aquí —dijo—. No sé cómo se llaman. Son

pequeñas, blancas y azules.

—Emily, eres una fuente inacabable de gozo para mí. —Blake

alargó el brazo y cogió algunas florecillas—. Y de sorpresas.

—¿Por qué? —Estaba tumbada descaradamente, expuesta al

sol, con la mirada fija en las nubes que flotaban sobre ellos y los

dedos extendidos hundidos en la hierba. Su timidez había

desaparecido, sustituida por la confianza, pensó Blake, esperanzado.

—Creí que te escandalizarías —respondió Blake; comenzó a

colocar flores en su vello púbico; el aroma terroso y herbal se

entremezclaba con el almizcle de una mujer encendida. Sintió cómo

su cuerpo se tensaba de deseo.

Blake inclinó la cabeza, hundió la nariz en la piel de ella y

Emily se arqueó, invitándolo a saborearla y acariciarla con los labios y la lengua. Dudaba que a ella se le hubiera pasado por la mente que esto también formara parte del acto de amar, pero no intentó detenerlo. Al contrario, sus dedos se enredaron en el cabello de él y un grito ahogado escapó de sus labios cuando Blake encontró su centro.

—Blake… —susurró.

La deseaba, anhelaba hundirse en ella, pero su placer y sus reacciones eran tan intensos que Blake descubrió que podía controlar sus ansias y centrarse solo en ella, en su gozo.

Utilizó la lengua, los labios y los dientes y todas sus habilidades para enloquecerla. Largas y voluptuosas caricias de la lengua, incursiones traviesas con la punta, suaves mordiscos en los pliegues delicados que se abrían para él, revelando su centro cálido y almibarado. Blake se sentía embriagado, como si estuviera bebiendo un vino denso y dulce y lo único que deseaba, lo único que anhelaba era hacerle el amor a Emily.

—¡Oh, Blake! —exclamó en un sollozo, tensándose bajo sus manos; la sintió temblar contra su boca y acompañó sus movimientos con suavidad hasta que ella se estremeció y luego quedó inmóvil.

Luego se incorporó, le bajó las faldas y se tumbó junto a ella, abrazándola hasta que abrió los ojos y lo miró, azorada.

—Eso fue… Blake, ¿se puede?

—Por supuesto. ¿Por qué no se podría?

—Porque es indecentemente maravilloso. —Emily giró el rostro para frotar su mejilla contra el pecho de él—. Pero no lo fue para ti.

—Emily —respondió él, con la voz extrañamente ronca—. No tienes idea .

Eso debía significar que a él también le había gustado. Si Blake podía besarla de manera tan íntima, podría ella corresponderle? Su largo cuerpo estaba relajado ella, aunque la dureza que sentía ella contra el muslo dejaba en claro que seguía muy excitado.

Emily reprimió un suspiro. Amar a Blake era difícil. Estaba muy orgullosa de su valentía y su sentido del deber, pero también sentía miedo por él y aunque le parecía egoísta de su parte, temía perderlo frente a ese deber. Él estaba considerando abandonar el ejército y no tenía nada que ver con su matrimonio, lo que la liberaba de cualquier culpa. Ya no tendría que temer por su vida frente a los mosquetes franceses. Pero Blake ya había vuelto una vez, ¿acaso no obedecería otra orden si lo llamaban de nuevo para

enfrentar el peligro?

Y debajo de esos pensamientos se escondía la decepción que

había sentido al escucharlo decir que la decisión no tendría nada que

ver con su matrimonio. Lo que significaba que ella no era suficiente

para retenerlo.

Tragó saliva con dificultad, abrió los ojos y se incorporó.

—Blake…

—¿Hmmm? —Él seguía tumbado con sereno abandono. Su

cabello se había soltado y ella cedió a la tentación de enredar los

dedos en él.

—Nos están observando —dijo Emily.

Blake se incorporó y soltó una carcajada al ver a media

docena de ovejas mirándolos con recelo.

—Mientras no tengan un pastor…

—Si bajamos hasta el final de la guarnición, y rodeamos por

el otro lado, llegaremos a Hugh Town justo a tiempo para conseguir

un almuerzo tardío —sugirió Emily, incómoda bajo la mirada de los

animales.

Blake se levantó y maldijo en voz baja cuando el viento lo

despeinó.

—¿Dónde ha ido a parar la tira de cuero? Debo cortarme el

pelo.

—A mí me gusta así. —Emily encontró el lazo de cuero y se lo entregó—. ¿Por qué no te lo cortaste en España?

—Nos hacía menos llamativos. Un grupo de hombres desaliñados pasaba más inadvertido que si todos hubiéramos llevado cortes de pelo a la moda de Londres. Luego me acostumbré y lo olvidé.

—¿Puedes contarme de España? —preguntó Emily, mientras comenzaban a caminar—. Entiendo si es secreto. ¿Hacías espionaje?

—Te lo contaré, pero no hables de ello —le advirtió—. Y no, no hacía espionaje. Éramos seis, todos con uniforme debajo de abultados abrigos y capas.

—Detrás de las líneas francesas.

—Sí, haciendo reconocimiento de fuertes y luego organizando a las guerrillas locales para que llevaran a cabo algunos actos de sabotaje.

—Suena muy peligroso. —Emily deslizó su brazo bajo el de él —. Eres un héroe.

—Hmm. —Él la miró y sonrió—. Gracias mi amor.

El corazón de ella dio un vuelco, pero enseguida se dio cuenta de que no era más que un término cariñoso dicho sin pensar.

—En fin, nos tomó una semana salir de allí y llegar a Gibraltar.

La frontera con Portugal era demasiado peligrosa para intentarlo.

Preparar el informe y organizar todo llevó su tiempo. Finalmente

conseguí un buque de regreso. Me estaba recuperando bastante

bien de tantas emociones hasta que me encontré con un fantasma

en las almenas. Ahora seguro tengo canas.

Emily intuyó que no le contaría más. Su mente se negaba a

imaginar el peligro y la larga huida por España. Juntos, bajaron la

pendiente por la que habían subido.

Los soldados, agolpados en torno a la batería de cañones,

alzaron la vista al escuchar sus voces. La hierba estaba resbaladiza y

Emily se aferró con fuerza al brazo de Blake.

A su lado, él se sentía firme y sólido. Era algo que ella había

dado por sentado cuando la cortejaba, y no había pensado en los

peligros implícitos en el uniforme que él portaba con tanta distinción.

Lanzó una mirada de soslayo a su esposo desde debajo de las

pestañas. Se había enamorado de un rostro apuesto, de un uniforme

glamoroso y de una reputación de gallardía. Ahora veía las finas

arrugas en las comisuras de esos ojos verdes, las pequeñas

cicatrices, las huellas de cansancio y tensión disimuladas por un

dominio de sí mismo conquistado a puro esfuerzo.
Era el rostro de un hombre que había vivido y combatido y que, no obstante, podía hacer el amor a una novia nerviosa con ternura y humor. En realidad, no lo había conocido en absoluto, se dijo. Y sin embargo, lo amaba.
Blake devolvió los saludos militares con solemnidad y se alejó de los soldados por el sendero.
—Tendrás acompañantes militares si nos quedamos en este camino —comentó.
—No hay más tropas en las baterías hasta que lleguemos al Fuerte de la Estrella —respondió Emily—. Al parecer, este tramo de agua se puede vigilar adecuadamente desde ambos extremos y pueden disparar los cañones si suena la alarma.
Tras unos minutos, llegaron a otro círculo elevado al borde del acantilado bajo, donde tres siniestros cañones negros apuntaban al mar.
—Ya ves, este lo tenemos para nosotros solo.
Blake cruzo el círculo, se apoyó en un cañón con los brazos extendidos y le sonrió:
—Se te ve extraordinariamente hermosa. Y bien amada.
—Creo que lo he sido —respondió ella, acercándose hasta quedar frente a él, lo suficientemente cerca como para apoyar las

manos sobre sus caderas estrechas.

—Si me miras de ese modo, esposa mía, tendré que

asegurarme de ello —dijo él con una sonrisa que apenas disimulaba

la promesa contenida en sus palabras.

Qué la hacía sentir tan audaz, Emily no lo sabía, pero hizo a

un lado su sombrero y se arrodilló ante él, cubriendo suavemente

con las manos la rígida protuberancia que tensaba el frente de los

pantalones del uniforme.

—¡Emily! —jadeó él—. Si haces eso me será difícil no

poseerte otra vez aquí y ahora.

Desabrocharle los pantalones le resultó fácil; la erección era

demasiado firme para que sus manos exploradoras la pasaran por

alto. Fascinada, excitada, Emily se inclinó hacia él mientras las

manos de él la tomaban de los hombros como para apartarla… pero

para acercarla a su cuerpo

Lo bastante cerca como para besarlo, lo bastante cerca como

para tomarlo entre sus labios y cerrarlos sobre la carne firme que se

introducía en su boca. Emily había gozado sintiendo la boca de él

sobre su piel, y por lo visto, él sentía lo mismo con sus caricias.

Por un instante vaciló, sintiéndose torpe, luego los

movimientos sutiles del cuerpo de él guiaron su ritmo, los gemidos de placer aumentaron su audacia y de pronto solo existió el calor y el aroma almizclado del cuerpo de Blake, los movimientos de su lengua y sus labios, la idea de que estaba haciéndole el amor al hombre que amaba.

Sintió que él reprimía la necesidad de empujar con fuerza, sintió su espasmo de placer y se mantuvo en esa posición hasta que él dejó de temblar, luego permitió que la tomara en brazos para besarla.

Pasó un largo tiempo hasta que finalmente ella se apoyó contra el pecho de Blake, sacudida por la intensidad de sus sentimientos; él murmuraba palabras incomprensibles contra su cabello. Hacer el amor al aire libre, bajo el sol, le pareció algo valioso, especial, que trascendía el simple placer.

Después de unos minutos, él se acomodó la ropa desordenada, la besó de nuevo y tomándola de la mano, la guió otra vez hasta el sendero.

Ahora, pensó ella, puedo preguntarle cualquier cosa.

Aun así, le tomó un tiempo encontrar su voz, romper la magia del momento.

—¿Por qué no me dijiste la razón por la que tenías que

marcharte? —preguntó tras unos minutos.

—Desde el primer mensaje supe que debía mantenerse en absoluto secreto. Hay espías en la sociedad londinense y no podíamos arriesgarnos a ninguna filtración. Había una reunión de generales importantes en aquel castillo, el factor sorpresa era crucial.

—¿No confiabas en mí? —La punzada de dolor trajo consigo una oleada de enojo, surgida de la nada, que rompió el ambiente perfecto. La sorprendió, pues ella jamás perdía los estribos, pero ahora… No había nada que hacer, la perfección de aquel encuentro amoroso había cambiado todo—. Soy tu esposa —tartamudeó, tratando de expresar cuánto la herían sus palabras—. Acaso piensas que podría hacer algo que te pusiera en peligro? ¿O que podría ayudar a los franceses con algún comentario imprudente?

Los soldados que rodeaban la siguiente batería de cañones, más adelante, levantaron la mirada al oír su tono de voz elevado. Ya casi habían llegado al polvorín.

Blake se detuvo.

—Es que no te conocía.

—Me conocías lo suficiente como para casarte conmigo —respondió Emily. Entonces este era el motivo por el que la había

abandonado sin ninguna explicación.

Ella contuvo su enojo y se obligó a hablar con tranquilidad.

—Lo suficiente como para darme tu apellido y tu honor. Lo suficiente como para elegirme para que fuera la madre de tus hijos. ¿Me crees tan necia como para revelar algo que me confiaste?

—No se me ocurrió confiarte esos asuntos —dijo él, tajante—. Era peligroso…

—¿Y me tomas por una idiota que no sabe que cualquier cosa en la que estés involucrado puede ser peligrosa? Ya fue bastante duro no saber si estabas vivo o muerto, pero ¿ni siquiera confiabas en que no te traicionaría? ¿Por qué te casaste conmigo, Blake, si es tan pobre tu opinión de mí?

Emily sintió que no podía soportar quedarse allí y escuchar su respuesta. Se había casado por el dinero, por supuesto, algo que una mujer que no estuviera enamorada de él, que solo lo hubiera desposado por posición y estatus, aceptaría de buen grado. Debería aceptarlo ella también y no dejar que esos anhelos imposibles de amor y confianza destruyeran su compostura y arruinaran la felicidad que pudiera encontrar en ese matrimonio. Que Blake fuese un amante tierno no significaba que la amara; eso debería saberlo ya, tomarlo como parte de su vida y no confundir el sexo con sentimientos más profundos.

—No. No digas nada. Lo siento. Estoy siendo irrazonable, lo sé. Y tonta. Pensé que quizás podrías dejar el ejército por mí –aunque jamás te lo pediría– pero que pensabas hacerlo desde un principio. Fui una tonta al… Nada, no importa.

Estuvo a punto de revelar su amor por él.

—Mejor me voy…

Emily echó a correr, sujetándose el sombrero con una mano y levantando las faldas con la otra. Pasó junto al pequeño grupo de soldados, vio por el rabillo del ojo sus expresiones de sorpresa y encontró el portón que llevaba al pueblo.

Blake no había corrido tras ella, o ya la habría alcanzado.

Claro, estaba en uniforme, no iba a correr tras una mujer delante de

sus hombres.

El borde de la cuesta lo ocultaba de su vista, lo que le daba unos instantes para decidir a dónde ir. Si volvía al Castillo de la Estrella, no habría escapatoria, y no podría enfrentarlo hasta haber recuperado la compostura y dominado ese absurdo anhelo de amor.

¿A casa del gobernador? No, significaría arriesgarse a una discusión delante de todos.

Emily atravesó a toda prisa el portón y comenzó a bajar por la empinada calle adoquinada hacia el pueblo. Había subido a lomo

de

un burro y no había reparado en lo abrupta que era la pendiente. Intentó frenar el paso, pero sus pies la llevaban cuesta abajo y estaba en el medio de la calzada, demasiado lejos para sujetarse de una barandilla o de una puerta.

—¡No se preocupe, señora, yo la atrapo! —Un oficial naval subía a buen paso por los adoquines hacia ella, con los brazos extendidos. Con un golpe que lo hizo tambalearse, Emily se estrelló contra su pecho y ambos se balancearon juntos un momento antes de que él lograra recuperar el equilibrio.

Era un hombre alto, pero la cuesta era lo suficientemente inclinada como para que ella pudiera mirarlo a los ojos.

—¡Lo siento tanto! —exclamó, aferrándose las solapas de su chaqueta.

—El placer es mío, señora. —Sus ojos brillaban, divertidos y Emily se dio cuenta de que estaban demasiado cerca uno del otro como para mantener las normas de decoro.

El oficial miró por encima de su hombro hacia lo alto de la colina.

—¿Ese hombre la está molestando?

Emily se giró. Blake, con el rostro desencajado de furia,

bajaba la cuesta hacia ellos dando grandes zancadas.

Capítulo Cinco

Lo que había sucedido era perfectamente obvio. Emily se había lanzado por esa cuesta empinada a una velocidad demasiado peligrosa y el teniente la había atrapado y salvado de una probable caída; quién podría culparlo por sostener en sus brazos a una mujer sin aliento y agradecida.

Yo sí podría, pensó Blake sombríamente mientras se acercaba a ellos. La sensación que le oprimía el estómago al ver a Emily en brazos de otro hombre era primitiva, violenta y del todo incivilizada. Sentía deseos de aplastar al teniente.

Nada mejoró cuando vio al hombre intentar poner a Emily detrás de él, como si quisiera protegerla.

—No, estoy bien —dijo ella cuando Blake estuvo lo suficientemente cerca como para oír—. Es mi marido. Recordé que llegaba tarde y bajé la colina demasiado aprisa, nada más.

Cuando Blake llegó a su lado, Emily se volvió hacia él con una sonrisa forzada.

—Milord, este caballero me ha salvado de una caída.

—Eso veo —respondió Blake, obligándose a mostrarse agradecido, aunque le rechinaban los dientes—. Desearía que no

fueras tan impulsiva, querida. No siempre puedes contar con que la marina venga a rescatarte.

Extendió la mano derecha hacia el teniente mientras con la otra atraía a Emily hacia él.

—Soy Greystoke. Le estoy agradecido, señor.

—Walker. Es mi deber, señor. Señora… —El oficial se quitó el sombrero, saludó con cortesía y subió la colina.

Demonios, ¿qué era lo que le anudaba las entrañas, haciendo que quisiera golpear a un compañero oficial de comportamiento honorable? ¿Celos? Emily estaba inmóvil, con la mano sobre su antebrazo.

—¿Estás bien? Pudiste haber sufrido una caída grave.

—Lo sé —respondió ella con un recelo que él notó enseguida, como si esperara que la regañara—. Olvidé lo empinada que era la cuesta. —Levantó la barbilla, apretó los labios y mantuvo la vista fija en el botón dorado justo debajo del cuello de su levita.

—Ven, busquemos una posada con un salón privado y comamos algo.

La suavidad de su tono hizo que los ojos azules de Emily se agrandaran, llenos de desconcierto y se encontraran con los de él.

Blake sabía que lo que ella veía en su rostro no era lo que expresaba

su voz, pero en ese momento, ni siquiera él comprendía lo que sentía y mucho menos podía explicárselo.

El estallido de Emily lo había sacudido y le había dejado en claro todo lo que había dado por sentado.

Se había casado creyendo que podría seguir adelante como siempre lo había hecho, sin pensar en las consecuencias, y su comportamiento la había herido. Sin embargo, la angustia de Emily parecía deberse a otra cosa.

"Fui lo suficientemente ingenua como para…" ¿Para qué?

¿Para enamorarse?

Algo en su interior se sacudió.

—Emily…

—¡Mayor, señor! —Dos hombres estaban al pie de la colina, junto a un burro que llevaba una bolsa maltrecha y un bulto sobre el lomo—. Íbamos a llevar esto a la casa del gobernador, señor.

Blake se quedó mirándolos, aturdido. Aquellas bolsas raídas habían recorrido España con él, al igual que buena parte de la Europa devastada por la guerra. Él mismo se sentía tan desgastado como esas bolsas.

Y entonces comprendió por qué debía abandonar el ejército, por qué el título nobiliario y las propiedades y todas sus otras

responsabilidades eran algo trivial en comparación.

Esas bolsas contenían algo que él necesitaba ahora más que casi cualquier otra cosa. Algo que, quizás, le daría a Emily lo que deseaba, aunque ya no estaba seguro de que jamás lo conseguiría. Pero iba a intentarlo, aquí y ahora.

—Dádmelas —ordenó, mientras bajaba la colina—. Encontró unas monedas en su bolsillo y las entregó a los dos marineros—. Gracias.

Emily se detuvo a su lado, algo pálida.

—Blake, lamento lo que dije antes. No tenías motivo alguno para confiar en mí, apenas si me conocías. No debí permitir que me hiriera tanto. Pero… ¡hacer el amor fue mágico! Creo que de repente quise más de lo que era razonable esperar.

—Lo entiendo —respondió él, tomándole la mano y besándosela suavemente—. Ven.

—¿A dónde vamos?

—A cambiar algo —respondió Blake—. Quizás todo. ¿Vendrás conmigo?

Emily no preguntó a dónde, ni qué planeaba hacer. Simplemente sonrió.

—A donde sea —respondió con sencillez.

—Con eso me basta —dijo él—. Cruzaron la plaza y giraron hacia una callejuela que conducía al puerto, donde la posada "Sirena" ocupaba una esquina.

—Entonces no se trata de una gran aventura —comentó Emily —. Estaba preparada para travesías oceánicas.

—Tal vez más tarde —murmuró Blake mientras abría la puerta para hacerla pasar. Un hombre con un delantal blanco apareció enseguida.

—Posadero, ¿tienes un salón privado donde podamos almorzar?

El hombre asintió.

—Sí, señor. Justo tras esa puerta. Es el mejor de la casa, la señora estará cómoda allí.

—Trae comida, vino. Lo que sea bueno. —Se volvió hacia Emily—. ¿Estarás bien unos minutos sola?

—Sí —asintió ella, intrigada, pero al parecer, dispuesta a seguirle el juego.

—Bien. No tardaré.

Blake cerró la puerta y se dirigió al posadero.

—Necesito usar una habitación por quince minutos.

Las cejas del hombre se alzaron. Fuera lo que fuese que había imaginado, claramente no incluía a la dama en una

habitación

y al caballero en otra.

—Esa está libre, señor.

—Gracias. —Blake entró en la estancia con las bolsas y

comenzó a abrirlas. Sentía la boca seca y en su estómago parecía

revolotear un enjambre de mariposas. Así era como se sentía antes

de entrar en batalla, o al acechar y ser acechado en una misión

encubierta.

En aquellos momentos, lo único que tenía para perder era su

vida. Ahora, lo que estaba en juego parecía infinitamente más

importante.

Emily se sentó frente a un plato con pan y mantequilla, una

tarta de carne, una fuente con cangrejos y una pequeña montaña de

ternera en finas lonchas. No creía que pudiera probar bocado. Con

una mano que temblaba ligeramente, se sirvió una copa de vino y

bebió con delicadeza.

¿Por qué Blake se mostraba tan indulgente? Ella había

montado una escena en público, y delante de las tropas, para colmo.

Estuvo a punto de revelar lo que sentía por él, lo que habría sido

aún más embarazoso pues sin duda, él se habría sentido obligado a

mostrare amable respecto de la tontería de que ella se hubiera

enamorado, lo que sin duda le resultaba inconveniente y vulgar. Le había demostrado con toda claridad que el matrimonio ocupaba un cómodo segundo lugar en su vida y que su esposa era apenas una ocurrencia tardía. No te conocía… No se me ocurrió confiar en ti…

Y sin embargo, ella había visto auténtica ira en su rostro cuando al girarse en los brazos del teniente, lo vio avanzar hacia ellos como un ángel vengador.

La puerta se abrió y entró un desconocido. Emily lo miró de nuevo y descubrió que era Blake, vestido de civil. Nunca lo había visto así, nunca lo había imaginado sin su casaca escarlata, sin los galones y las charreteras. Si lo hubiera pensado, habría supuesto que sin ese plumaje militar, se vería disminuido de alguna manera, pero no era así.

—¿Emily? ¿Qué estás pensando? No esperaba dejarte muda —dijo, cerrando la puerta detrás de sí; en lugar de sentarse, permaneció de pie, observándola con el rostro serio.

—Estoy pensando —respondió ella, sorprendida por su incapacidad de disimular— que sin el uniforme veo frente a mí al verdadero hombre y hay mucho más en él que en el gallardo mayor.

—¿Me das tu aprobación? —preguntó él.

Ella asintió.

—Gracias a Dios, porque no tengo la menor intención de volver a usar el uniforme, ni siquiera cuando vaya a la Caballería Real a vender mi comisión. Soy un civil ahora, Emily, y pienso seguir siéndolo.

—¿Estás seguro? —Tenía que comprenderlo, tenía que hacer lo que correspondía por él, por el amor que le tenía—. Sé que no haces esto por mí, sino por tu hacienda y las responsabilidades de tu título. Pero si debes marcharte, me las arreglaré. Daré todo de mí para administrar las propiedades como desearías.

—¿Y los niños? —inquirió Blake.

—Vendrías de vez en cuando ¿no? —preguntó ella, y no pudo evitar que su voz transmitiera sus ansias.

Aliviada, lo vio sonreír.

—¿Y pasar cada día de mis permisos asegurándome que la habitación de los niños esté siempre llena? No, Emily ya les he dado suficiente de mí al rey y a mi patria. A menos que seamos invadidos, me dedicaré a cultivar robles para la marina y criar ganado de carne para el ejército.

—¿También hijos para la sucesión? —añadió ella con una leve

sonrisa.

Blake se acercó, se sentó sobre la esquina de la mesa y balanceó una pierna. Tomó la mano derecha de Emily y se la llevó a los labios.

—Hijos e hijas que sean la viva imagen de su madre.

A Emily se le aceleró el pulso; logró estabilizarlo contemplando los largos dedos que sujetaban los suyos.

—Más temprano me preguntaste por qué me casé contigo, Emily, y no esperaste a que te respondiera.

—No debería haberlo preguntado porque ya lo sé. —Este era el momento en que Blake le explicaría, con amabilidad, las reglas de su matrimonio—. Necesitabas una heredera por todas las razones que dijiste. Y nos llevamos bien desde el comienzo.

—Sí —coincidió él, y aunque sabía lo que Blake diría, Emily sintió que el alma se le iba a los pies.

—Y encontré una heredera encantadora, inteligente, preciosa. Todo muy agradable y realmente mucho menos problemático de lo que imaginaba.

Emily tragó el nudo de dolor, pero de pronto vio que él sonreía.

—Luego me fui y descubrí que echaba de menos a mi esposa

y tuve que esforzarme para concentrarme en lo que hacía en lugar de pensar en ella. Y cuando me hirieron y me sentía bastante mal, me di cuenta de que pensar en ella era lo único que me permitía seguir adelante y no perder el valor.

—Oh, Blake…

Él levantó la mano para detenerla antes que dijera algo más.

—Fui un necio, por supuesto.

Ella se esforzó por contener las lágrimas; no iba a permitirse perder la compostura.

—No entendí lo que sentía anoche cuando descubrí que te tenía entre mis brazos. No comprendí lo que significaba no querer tocar a ninguna otra mujer teniéndote a ti para amarte. No supe que estaba enamorado de ti hasta que te vi en brazos de ese teniente y sentí la fuerza de los celos y el sentido de posesión como un golpe en el estómago.

Emily había perdido la capacidad de hablar. Solo podía mirarlo, preguntándose si los eventos de la noche anterior habían alterado sus sentidos hasta el punto de hacerle escuchar las palabras con las que había soñado. Blake le estaba diciendo que la amaba…

—Entiendo —añadió él con pesar— que no te casaste

conmigo con estas expectativas. Te casaste por razones prácticas y esperabas un acuerdo racional, algo de compañerismo. Pues lo siento, Emily, porque no tengo intención de ser racional ni sensato, aunque haré lo posible por ser buen compañero. No sé si podré hacer que me ames, pero voy a intentarlo con todas mis fuerzas.

—Perderías el tiempo intentándolo —dijo ella y vio que apretaba la mandíbula y sus ojos se oscurecían. Se puso de pie, con su mano firmemente atrapada en la de Blake—. Porque ya te amo. Te amaba cuando me casé contigo. Por eso me afectó tanto cuando hablaste de dejar el ejército. Me avergüenza admitirlo, pero pensé que volverías a ser civil solo por la hacienda, no por mí. No es que quisiera que abandonaras tu deber, pero ¡tenía tanto miedo de perderte…!

No terminó la oración. Blake la atrajo hacia él, inmovilizándola entre sus fuertes muslos y la besó con tanta pasión que apenas si podía respirar, con tanta determinación que creyó que nunca la soltaría.

Cuando finalmente levantó la cabeza, Emily solo pudo apoyar la mejilla en su hombro y aferrarse a él mientras sus corazones latían al unísono, como si hubieran estado luchando por sus vidas.

Tal vez ha sido así, pensó Emily, perpleja. Hemos estado

luchando por amarnos el resto de nuestras vidas.

—Pensé que no me deseabas de verdad —murmuró contra su cuello.

—¿Por qué creíste eso? —Blake consiguió encontrar su barbilla con un dedo y levantar su rostro para mirarla a los ojos.

—Por qué cuando me hiciste el amor fue…

—¿No te gustó? —preguntó y Emily sintió como todo su cuerpo se tensaba.

—No, fue maravilloso. Pero fuiste… cuidadoso. Y no me mostraste lo que debía hacer para complacerte, así que pensé que tal vez solo estabas siendo amable. —Vaciló, sintiendo que se ruborizaba con cada palabra. —Pensaba que si me amabas, no serías capaz de controlar tu pasión. Pero no sé mucho sobre esto —añadió apresuradamente.

—No quería asustarte. —Blake se inclinó para rozar sus labios con suaves besos—. Pensé que te escandalizaría.

—Me escandalizaste esta mañana cuando me besaste así en la hierba. Me escandalicé a mí misma cuando te hice el amor hace un momento. Creo que me gustaría escandalizarme un poco más —murmuró Emily—, si hubiera algo escandaloso que quisieras hacer. O

que desearías que yo hiciera.

Blake cerró los ojos y Emily sintió la presión de su erección

contra su vientre y se acercó más; lo oyó contener el aliento y sintió

una secreta satisfacción.

—Sí, hay cientos de cosas. Emily, puedes hacer lo que desees.

Puedes atarme a la cama y atormentarme con plumas de pavo real

si eso te complace. —Blake se levantó de un salto y soltó una

carcajada ante la expresión de su rostro.

¿Atarlo a la cama? ¿Plumas de pavo real?

—Ven, salgamos de aquí antes de que me desmaye de deseo.

De algún modo, consiguieron salir de la posada. Detrás de

ellos, el posadero, que había recibido una generosa cantidad de monedas, sacudió la cabeza ante las instrucciones de volver a empacar las maletas de Blake y enviarlas al Castillo de la Estrella. Subir la empinada cuesta, arrastrada por la mano firme de Blake, dejó a Emily sin aliento, pero con la fuerza suficiente como para correr con él hasta la puerta del castillo.

—¡No puedo! —jadeó al llegar a los irregulares escalones de piedra que serpenteaban hacia las almenas.

Blake simplemente la levantó en brazos y la llevó arriba; cruzaron el puente y entraron en la recámara.

—Ahora —le ordenó, mientras la dejaba de pie en el suelo y echaba cerrojo a la puerta—, haz conmigo lo que desees.

—Quítate toda la ropa —dijo Emily, mientras desgarraba la suya—. Blake, vida mía, te amo.

La fuerza con la que se lanzó en sus brazos lo hizo retroceder hasta chocar contra la puerta.

—¡Uf!

—¡Ay, tu hombro! Blake, yo…

—Ven aquí —gruñó él, levantándola en el aire—. Rodea mi cintura con las piernas.

Ella obedeció y él giró sobre sí mismo, presionándola contra los paneles de madera.

—¿Y dices que te trato como si fueras frágil, eh? —Con un movimiento de caderas, la penetró, ardiente, firme, maravilloso, justo como Emily lo necesitaba, húmeda y receptiva. Y mientras ella se aferraba, jadeando, a sus hombros, Blake comenzó a moverse rápido y con fuerza, dejándola a merced de las sensaciones que se apoderaban de ella, impidiéndole pensar; solo sentía su fuerza y su amor, escuchaba su respiración agitada y percibía el almizclado calor de sus cuerpos.

Antes, Blake había sido lento, suave, cuidadoso con el placer de Emily. Ahora, parecía confiado de que ella encontraría su propio ritmo, que ajustaría su posición para alcanzar el contacto más exquisito, que lo alentaría con gemidos incoherentes mientras la presión crecía y se retorcía dentro de ella en espirales casi dolorosas, para luego explotar en una ola de sensaciones.

Emily soltó un grito y escuchó la exclamación de Blake, mientras se derramaba dentro de ella. La habitación giraba y temblaba alrededor de ellos, con destellos de colores, como si estuvieran dentro de una tormenta eléctrica; luego solo quedó una paz absoluta.

—Emily…

—¿Mmm?

—Te amo —dijo Blake con voz ronca, cargada de una emoción que ella nunca le había escuchado antes.

—Yo también te amo —respondió, apoyando la mejilla en la piel de él, húmeda de sudor. Blake giró la cabeza y la besó. Abrió los ojos y vio que aún estaban contra la puerta, que sus cuerpos seguían unidos. —¿Vamos a tumbarnos?

Blake se irguió, dio unos pasos tambaleantes hacia la cama y se dejó caer, con Emily encima de él.

—Qué maravilla los muebles de construcción isabelina. Creo que esta cama debe ser de roble macizo.

—Hay una cama como esta en Greystoke —dijo Emily—. ¿La tendremos en nuestra alcoba?

—Creo que será lo mejor. Los muebles modernos no son lo suficientemente resistentes para las cosas que tengo en mente. —Abrió los ojos y la miró—. Te ves deliciosamente desvergonzada así, amor mío.

—Dilo otra vez…

—Te ves…

Emily negó con la cabeza y la boca de él se curvó en una sonrisa traviesa y tierna.

—Amor mío. Amor mío. Amor mío.

Emily suspiró, feliz.

—Así está perfecto. ¿Podríamos hacer el amor otra vez más tarde?

—Podemos hacerlo ahora mismo.

Blake se reclinó, colocó las manos detrás de su cabeza y entrecerró los ojos; por entre sus largas pestañas, Emily vio el brillo que revelaba que aún la observaba.

—Estoy completamente a tu disposición. Pero tú, esposa mía, tendrás que hacer todo el trabajo.

Ella se incorporó, se llevó las manos al cabello y tras soltarlo, lo agitó sensualmente.

—Mi intención es volverte loco, mi señor.

—¿Es una promesa? —dijo Blake con voz ronca.

—Oh, sí. Todos los días, hasta que me supliques que pare. — Se deslizó hacia adelante, rozando con sus pezones el vello oscuro del pecho de él; buscó su boca, la cubrió con la de ella y se hundió en su calor, su fuerza y su amor.

Todos los días, amor mío. Todos los días.

FIN

Nota de la autora

El Castillo de la Estrella en St. Mary's es ahora un hotel encantador hotel donde he disfrutado de maravillosos cream teas. Hasta donde sé, no hay fantasmas.